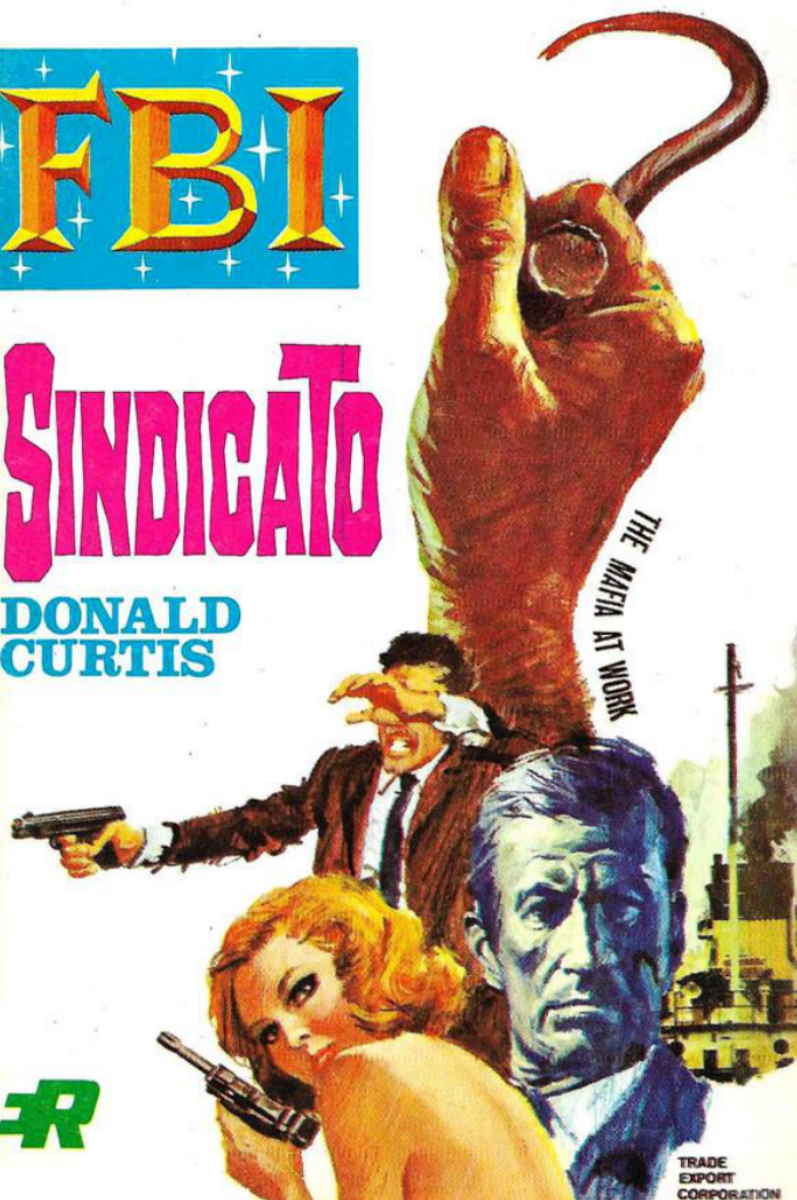


FBI

SINDICATO

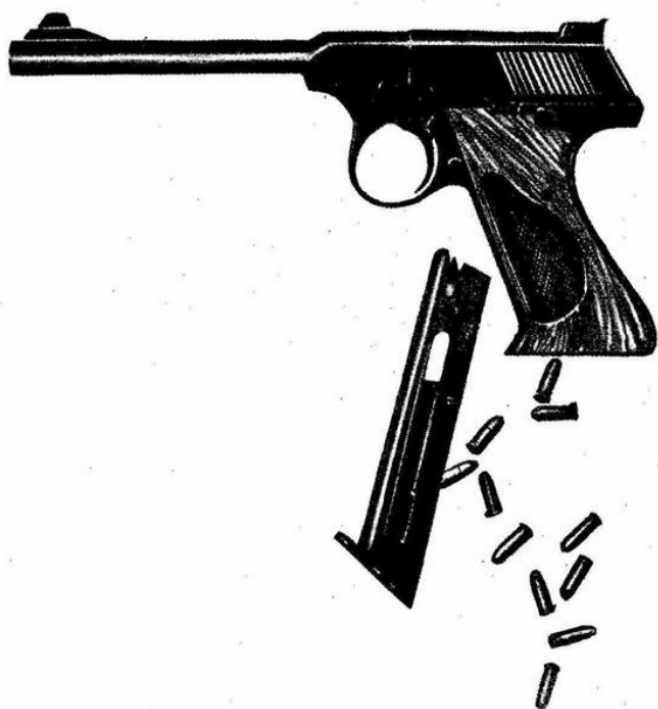
**DONALD
CURTIS**



R

TRADE
EXPORT
CORPORATION

FBI



© Donald Curtis
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 26.474-1970

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

DONALD CURTIS

«SINDICATO»

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

CAPÍTULO I

SE llamaba Dick Fullmer.

Era el testigo. El único testigo.

Solamente Dick Fullmer había estado presente en el lugar donde asesinaron a Joey LaMotta.

Solamente él...

La policía federal había contado grandemente con ese testimonio. Cuando supieron que existía un testigo lo bastante audaz para admitir serlo, y lo bastante valeroso y honesto para aceptar un interrogatorio en el FBI, se sintieron esperanzados, incluso llenos de entusiasmo porque al fin existiera una oportunidad, una sola de terminar con todo, de señalar, finalmente, a alguien como responsable, a alguien como asesino.

Dick Fullmer era esa persona. La que podía cambiarlo todo. El testigo. El anhelado testigo del crimen...

Pero Dick Fullmer, además de testigo presencial de un crimen, era algo más.

Dick Fullmer... era ciego.

Ciego. Sus ojos carecían de luz. No podían ver nada. Ni a nadie. Ni crimen. Ni criminal.

Cuando Mark Lambert supo que un testigo, Dick Fullmer, iba a prestar declaración en el caso del asesinato de Joey LaMotta, casi no pudo ni creerlo. Por primera vez, alguien iba a romper el muro de silencio en torno a los crímenes en la zona portuaria de la ciudad, con todas sus consecuencias, trascendentales de cara a la acción legal contra la Organización.

Y todos sabían, cuando se hablaba de ellos, qué y quiénes formaban la Organización.

Esa esperanza casi inverosímil de puro magnífica, no prosperó

mucho ni duró demasiado tiempo.

Justamente lo preciso para ver a Dick Fullmer. Lo preciso para escuchar sus palabras, lentas y pausadas, mientras mantenía la cabeza extrañamente alta sobre su cuello rígido:

—Sí. Oí perfectamente el grito ronco del pobre Joey... Su voz era inconfundible. Siempre lo fué. Con su mal inglés, con su acento tremendamente italiano, siciliano, como decían sus compatriotas... Luego, el golpe del cuerpo en el suelo, la respiración jadeante de otro hombre que no era Joey... Y los pasos que se alejaban rápidamente... Pasos de una persona de largas piernas. Zapatos nuevos. Crujían. Esa forma de crujir del calzado recién estrenado, ¿entienden? Y seguía, respirando de un modo fuerte, entrecortado. Una respiración rara, diría yo. Claro, eso es todo lo que puedo decir. Todo lo que sé...

Mark Lambert acababa de entrar en la oficina de su compañero, el agente especial Dave McGill. Se detuvo, escuchando al testigo. No separó sus ojos de él. Imperceptible casi, le llegó el movimiento de cabeza de Dick Fullmer, hacia él, cuando notó su presencia allí. No volvió a hacer otro gesto, hasta que hubo terminado. Entonces, giró de nuevo la cara hacia Lambert, y pareció quedársele mirando.

Pero eso no era posible. No veía. Mark acababa de darse exacta cuenta de ello. Y sintió que todo su castillo de esperanzas se derrumbaba como si solamente lo hubiera hecho con naipes.

—De modo que es eso —dijo lentamente Lambert, acercándose paso a paso hacia su camarada McGill.

Dave McGill le miró. Asintió, con cierta amargura.

—Sí, Frank. Es eso... convino.

—Fullmer sonrió, desde la inexpresividad un poco tensa de su mundo de sombras. Los claros ojos abiertos, eran como vidrios en el interior de las cuencas. Vidrios sin brillo, sin luz.

—¿De qué hablan? —indagó—. ¿De mí?

Lambert y McGill no supieron qué responder. Se miraron, incómodos, y luego Fullmer soltó una breve risita entre dientes.

—Lo siento de veras, señores —dijo—. No es culpa mía.

—Por Dios, no diga eso —le replicó Lambert, avergonzado—. Soy yo quien lo siente. Y McGill también.

—No nací ciego —dijo lentamente Fullmer. Un accidente me privó de la vista. Fue también en los muelles, hace muchos años. No

se trabajó nunca con demasiadas garantías de seguridad. Lo importante era trabajar, encontrar algo que hacer y cobrar unos dólares... Cuando la grúa me golpeó en la sien, creí que era el fin. También lo creyeron los demás. Tal vez hubiera sido mejor Pero no me mató. Me dejó ciego, simplemente. Algo de los nervios, creo. Un daño irreparable.

—¿Qué hace ahora en los muelles? —preguntó suavemente Lamber.

—Vivo —se encogió de hombros—. A veces la vida se vuelve más generosa con uno; cuando se ha perdido algo insustituible, como gozar de la vista, de la Luz, de las formas y los colores... Hicieron una colecta a mi favor por entonces. Fue una cantidad bastante apañada. No la malgasté. Sabía que no podía hacerlo. La invertí en un pequeño negocio. Tuve suerte, o quizás es que todos siguieron ayudándome. La gente es sentimental. Más de lo que cree serlo, incluso entre los rudos trabajadores de los muelles... Mi pequeño negocio era un bar. No hay otro mejor en los muelles. Primero, apenas era un cubículo donde cabían diez hombres, y aun eso apretándose un poco... Luego, amplié, ayudado por la Trade Export Corporation, que me ofreció unos créditos. Se portaron muy bien todos, la verdad. Ahora tengo un bar decente. Y sirvo comidas. Una sobrina mía me ayuda en eso. Es joven y bonita. Todo va bien. Nos defendemos maravillosamente, créame.

—Le creo —miró el aspecto pulcro, cuidado, del hombre todavía joven, no mayor de la cuarentena cumplida no mucho antes, de amarga expresión y ojos sin vida—. Y usted presencié el crimen...

—Creo que fui el único en estar presente —asintió Fullmer—. Lástima, señores... ¿Por qué no pudo ser otro? Un testigo ciego... vale de muy poco.

—No lo crea —respondió McGill, alentador—. Nos ha descrito cosas que mucha gente que goza del privilegio de la vista, sería incapaz de advertir: un hombre de larga zancada, de zapatos nuevos, que respiraba con fuerza...

—Asmático, diría yo —sonrió Fullmer, asintiendo—. Tengo clientes que sufren asma. Es el mismo modo de respirar...

—¿De veras? —Se inclinó hacia él Lambert, vivamente—. Fullmer, ¿podría ser ese hombre, el que atacó a LaMotta, uno de esos asmáticos clientes suyos?

Sorprendido por la pregunta, que evidentemente no esperaba ni, tal vez, se le había ocurrido enfocar en tal aspecto, Dick Fullmer Irguió la cabeza, inclinándola ligeramente a un lado, como si quisiera percibir algo más, con claridad superior.

—Bueno, posiblemente... —admitió despacio—. Casi todos los asmáticos son similares al respirar. Si no se oye su voz, o se capta algo peculiar de cada uno... la respiración es casi idéntica.

—¿Conoce a algún asmático que tenga piernas largas y use calzado nuevo? —terció McGill, tras anotar algo en su agenda.

—Sinceramente... no —suspiró Fullmer—. Pero mucho trabajador portuario acaba con asma. El duro trabajo, la humedad, la proximidad de las aguas, los productos químicos que se llegan a transportar al cabo de los años a las bodegas de los bosques, despidiendo emanaciones perjudiciales los sacos y los envoltorios... No es difícil hallar gente con dificultades respiratorias en todo Brooklyn, señores.

—De modo que es una pista un poco... vaga —señaló Lambert.

—En mi opinión, sí. Quizás encuentren dos o trescientos sospechosos de iguales características. Oh, Dios, si yo hubiera tenido capacidad de visión entonces...

—Olvídelo. Por desgracia, no la tiene. Pero usted conocía a LaMotta, ¿no es cierto?

—Sí, mucho. Era un cliente. Uno de los mejores y más antiguos clientes. Un buen chico. Quizás algo... charlatán.

—¿Charlatán?

—Ustedes me entenderán, estoy seguro. Charlatán en cosas que no debía serlo. Hablaba de los problemas portuarios en voz alta. Eso no se puede hacer.

—¿Por qué no? —preguntó mansamente Lambert.

El ciego le miró. Sin verle, naturalmente. Pero clavó en él sus claros ojos vacíos e inertes. Esbozó una triste mueca que ni siquiera parecía la sonrisa que quizás él pretendió.

—Vamos, vamos —dijo despacio—. Me entienden perfectamente. No se puede hablar.

—¿La Ley del Silencio? —terció McGill.

—Exacto. La Ley del Silencio.

—¿Usted la acata también?

—Yo acato pocas cosas en la vida. Me puedo permitir ese lujo.

Saben que no me asusta demasiado la muerte. Pero tengo una sobrina. Y tengo amigos. No quiero perjudicar nunca a nadie. El mejor sistema es callar. Sé muchas cosas, adivino otras y deduzco unas pocas más. Pero yo callo. Siempre callo. Escucho lo poco que dicen, y no comento. LaMotta decía demasiado. Me preocupaba.

—Demasiado... ¿sobre qué?

—Ustedes lo saben. Temas prohibidos en los muelles de Brooklyn.

—¿La... Organización?

Era Lambert quién aventuraba el temido nombre, vago y difuso, pero evidente y significativo para quienes conocían el tema.

Y Fullmer conocía el tema muy a fondo, eso era obvio.

—Llámelo como quiera —dijo, estremeciéndose levemente.

—Todos significan lo mismo: crimen organizado. Coacción. Miedo. Silencio.

—Sí, más o menos, siempre es eso —el ciego se encogió cansadamente de hombros—. Hablar por ahí de más no resuelve el problema ni ayuda a combatirlo. Ellos siempre escuchan, vigilan, acechan... LaMotta era un muchacho impulsivo. Demasiado impulsivo... Lo siento por él. Y también por Cyd.

—¿Cyd?

—Mi sobrina. Cyd Fullmer... Es hija de un hermano que murió. También él hablaba demasiado. Luchaba contra la... la Organización, si le gusta ese nombre. Dicen que le mató un accidente. Yo no lo he creído nunca. Cyd, tampoco. Pero ésa fue la versión oficial. Incluso hubo testigos de eso. Nadie se molestó en discutirlo. ¿Para qué? Mike ya estaba muerto, y eso no lo iba a arreglar nadie. Cyd recibió un dinero para terminar su educación y aprender un oficio. Dijeron que era una colecta entre camaradas de mi hermano Mike. Mentira. Supe, mucho tiempo después, que nadie hizo colecta alguna. Era dinero de... de ellos. Así reparaban en parte un mal hecho. Cyd, por fortuna, no supo nunca eso. O hubiera arrojado el dinero a las sucias aguas de los embarcaderos. Es muy orgullosa, muy altiva y muy honesta. Pobre Cyd...

—¿Por qué dice eso? ¿Qué tiene ella que ver con LaMotta?

—Imagínelo. Joey era joven, fuerte, simpático, cariñoso..., Cyd necesita amor, afecto de alguien. Se sentía muy unida a él. Creo que se hubieran llegado a casar cualquier día. Y ahora...

Hubo un silencio. McGill y Lambert volvieron a mirarse, pensativos. Fue este último el que se dirigió a Fullmer con otra pregunta.

—Supongo que ella nada sabrá...

—¿Cyd? Pregúntenle. Pero no fue testigo de nada. Se había ido a dormir. Yo cerré el bar como de costumbre. Y, también como de costumbre, salí a dar un paseo cerca de los muelles. Me gusta el aire de la noche, el olor a salitre, a mar, a muelles... Mi vida transcurrió en ellos. De repente, oí la voz de LaMotta.

—¿Qué decía él exactamente?

—Eran confusas las palabras. Además, el ruido de un remolcador, en el río, se interfería en su tono. Y ahogó por completo la voz de su interlocutor, cuando un momento después, éste le contestó algo. Ya solamente volví a oír las palabras de Joey, incompletas, Luego... el golpe de algo seco, el estertor, el grito ronco, el jadeo de la respiración de otro hombre... y los pasos a la carrera, alejándose de mí.

—¿Qué palabras fueron ésas, Fullmer?

—Las tengo transcritas aquí —terció McGill—. Escucha, Mark «... No estoy dispuesto a ceder», decía Joe LaMotta. «Decididamente, no. Esta vez acabé la paciencia. Voy a informar de todo esto a quien debo hacerlo. Lo siento por todos ustedes, pero estoy hartos». En ese momento, pasaba el transbordador. Su estruendo de motor y un ruido de cadenas a bordo de la embarcación cercana, ahogaron la voz del interlocutor. Cuando volvió a ser audible la palabra, era nuevamente de LaMotta, y ya debía llevar un tiempo hablando. Decía, exactamente: «... No hay acuerdo. Adiós. Mañana, la gente va a saber muchas cosas que no le gustarán...». Eso fue todo, Mark. Siguió los golpes, el grito, el jadeo y todo eso...

—Todo eso es aproximado, naturalmente —habló Fullmer—. Pude equivocarme en ciertas palabras, pero no en el sentido que Joey les dio. Más o menos, es cuanto se dijo allí.

—Usted, cuando oyó los pasos que se alejaban, creo que buscó a LaMotta...

—Busqué a alguien en el suelo, realmente asustado. Tropecé con un cuerpo inmóvil, lo toqué, y me mojé de algo caliente, espeso... Me aterrorizó. Entonces corrí a buscar el teléfono que está cerca de

allí, en un poste. Llamé a la policía. Fue todo.

Era todo.

El testigo ciego había hablado. No había forma humana de extraer más de él. Sencillamente, porque el que presencié la muerte de LaMotta, no podía añadir más a su declaración. Ni descripciones, ni rostros, ni detalles visuales. Nada. Sólo sonidos...

—Gracias —suspiró Mark Lambert, despacio. Miró a Fullmer, luego a su compañero McGill.

—Nos veremos luego, Dave...

—Sí, Mark —asintió el otro federal—. Hasta más tarde...

Leyó la tarjeta:

«Joey LaMotta. 27 años. Italo-americano. Estibador de muelle.

»Empresa actual. Docks Trades Amalgamated.

»Domicilio: Prospect Way, 1230, Brooklyn. Causas de la muerte: Golpe de garfio de estibar, en la sien izquierda.

Mortal de necesidad. Naturaleza del suceso: Asesinato. Brooklyn».

Cerró el cajón, con un suspiro. Se volvió despacio hacia el que le acompañaba. —¿Qué añadió la autopsia a todo eso, doctor?— preguntó, escueto.

El médico forense del Distrito de Brooklyn, carraspeó. Miró incómodo al visitante de la Morgue local, agente especial Mark Lambert, de la Oficina Federal de Investigación en Nueva York.

—Poca cosa —confesó el médico—. Había cenado esa noche. En casa de Fullmer, como siempre cenaban él y un puñado de estibadores. Fullmer ofrece comidas económicas, muy sabrosas y nutritivas. Además, estaba Cyd, la sobrina del ciego. Le gustaba a Joey.

—Sé todo eso. Le pregunté sobre la autopsia, no sobre los chismes de los muelles, doctor. —Perdone— el forense tragó saliva. —Los residuos de su cena demuestran que estaba en plena digestión. Poco alcohol, solamente cerveza en la cena. Luego, tomó café solo, muy fuerte. Todo habitual en él. Estaba sereno, dueño de sí, y era muy fuerte, usted ha visto su físico. No debía esperar al ataque, para recibirlo frontalmente sin resistir, sin oponerse al golpe

del garfio de estibar.

—Pudieron lanzarle más de un golpe, y no pudo defenderse. O acaso eran más de uno...

—No tiene más heridas ni rasguños, ni señales de violencia. Sólo el seco golpe del garfio en su sien. Se hincó hasta el fondo el acero en su cráneo. Le mató en el acto. Los destrozos de una pieza semejante, tan gruesa, punzante y curva, son terribles en el cerebro y cerebelo. Quien manejó el garfio, sabía cómo hacerlo. Y tenía fuerza.

—¿Otro estibador?

—Muy posible, sí. O alguien que conocía esas cosas.

—Gracias, doctor. Supongo que no habrá más...

—No, no hay más...

Mark Lambert caminó hacia la salida de la Morgue, tras un gesto de cortesía hacia el forense del Distrito de Brooklyn, encargado del caso. Estaba ya en la salida de la fría cámara fúnebre, cuando la voz del médico le detuvo en seco:

—Bueno, hay algo más, pero no creo que eso tenga importancia en el caso, Lambert...

—Se volvió despacio. Miró acremente al médico. Casi le exigió, agresivo:

—Termine. Sea lo que sea, ¿qué es ello?

—Creo que, por la forma de producirse el desgarró en la sien, contra lo que pueda parecer, dado que golpearon la sien izquierda... no fue producido con la mano derecha del asesino... sino con la izquierda, forzando mucho el impacto, que salió muy violento, aunque mortífero.

—Mark Lambert arrugó el ceño. Reflexionó en silencio. Luego, comentó en voz alta:

—Vaya... Un hombre fuerte, de larga zancada, con calzado nuevo. Quizás asmático, o a punto de serlo... y zurdo. Eso puede ser algo, doctor, aunque usted crea que no tiene importancia...

Abandonó decididamente la Morgue, sin añadir ni una sola palabra más.

CAPÍTULO II

PROSPECT Way se estrechaba más aún en aquel punto, hasta convertirse en un callejón angosto, donde el olor a fritos y a basuras, formaban una mezcla desagradable y persistente.

Colgaba mucha ropa de las ventanas, los gritos de patio a patio eran más abundantes en italiano que en inglés, y los muchachos que jugaban en la calle, con una pelota de goma, lo hacían al soccer [1] y no al american football o al base-ball.

La influencia latina era manifiesta en todas partes.

El número 1230 no era de los peores edificios. Antiguo, de ladrillo rojo y escalones en el acceso a la entrada, tenía cierto aire decente y limpio, especialmente dentro de aquella heterogénea, estridente y poco pulcra vecindad.

Mark Lambert se detuvo ante los buzones y llamadores de pisos. Localizó el nombre de Mariella Germi, con el indicativo de «Huéspedes sólo dormir», en una tarjeta de visita. Pulsó ese llamador. Cuando llegó arriba a la puerta B., de la planta tercera, por una escalera angosta, sin ascensor ni montacargas, la entrada estaba ya franqueada, y una mujer de mediana edad, cabellos canosos, envuelta en una bata de lunares grises sobre fondo azul, esperaba, impaciente, su llegada. Le miró con cierta desconfianza.

—Usted no es obrero —dijo.

—No —sonrió Mark—. ¿Por qué había de serlo?

—Siempre admito obreros. Casi siempre portuarios. Usted no es nada de eso, señor.

—Ya le dije que no. Tampoco busco alojamiento, si se refiere a eso.

—Ah... —Su desconfianza aumentó de grado—. ¿Qué busca,

entonces? ¿Qué es usted?

—Policía —le mostró el distintivo—. FBI, señora Germi.

—Policía... —no terminó de evadirse su recelo hacia él—. Creí que era periodista. Odio a los periodistas. No tienen educación. No tienen conciencia.

—Ocurre como en todo —se encogió de hombros Mark—. Hay gente buena y mala en cualquier profesión.

—Pues en los reporteros abunda lo malo —sostuvo ella, rotunda.

Mark Lambert no quiso discutir el problema. Después de todo, no le afectaba. Y en gran parte, estaba tácitamente de acuerdo con la dama, sobre la profesión periodística. Ella se hizo a un lado, invitándole a pasar sin palabras. Mark lo hizo. Un recibidor hogareño, confortable y limpio, le acogió.

Ella cerró la puerta, y se quedó mirándole, tras indicarle un asiento en el gabinete.

—Bien señor, —dijo—. ¿Ha venido a verme por lo de Joey?

—En efecto —afirmó Lambert—. Supongo que no soy el primero...

—No, no es el primero. Ya estuvo antes ese cerdo del teniente Mandell.

—¿Stuart Mandell, del Precinto de Brooklyn? —se sorprendió Mark—. ¿Le llamó usted...?

—Cerdo —repitió claramente el término, con un gesto despectivo—. ¿Le conoce?

—Muy poco. Me informó sobre la muerte de LaMotta, eso fue todo. ¿Por qué es tan dura con él? ¿Tampoco le gustan los policías, señora Germi?

—Poco —confesó ella con un suspiro—. Pero no es por eso. Usted es policía. Tiene aire honesto.

—Muchas gracias —se creyó obligado a decir Mark.

—No, no me las dé. Le diría igual algo desagradable, si lo pensara de usted —rió ella, con franqueza—. Mandell es un cochino. Se vende.

—¿A quién?

—Bueno, eso todo el mundo lo sabe —evadióse Mariella Gemi—. No es saludable nombrar a ciertas... entidades.

—Es una acusación muy grave, señora.

—Claro que lo es. Si la sostuviera en público, me encerrarían por

injurias... o me liquidarían por «soplona» —hizo un gesto elocuente—. Dejemos eso, será mejor. Pero nadie va a quitarme mi propia opinión sobre Mandell.

—Tampoco lo intentaré. Yo vine a hablar sobre LaMotta, no sobre Mandell.

—Sí, él también vino a hablar de LaMotta. Tonterías. Sabe tan bien como yo quiénes le asesinaron. Pero ha de cubrir el expediente.

—Bien, señora Germi. —Mark se inclinó hacia ella—. ¿Quién o quiénes le asesinaron?

La dueña del piso le miró, entre sorprendida y recelosa. Luego, hizo un gesto burlón.

—Vamos, vamos. Sabe perfectamente quiénes lo hicieron.

—Sus nombres, señora Germi —apremió Mark, seco.

—Hay cosas que no tienen un nombre definido. Son... una entidad. Un grupo, un sistema.

—¿Una secta?

—Algo así, sí.

—¿Una... organización?

—Algunos le dan ese nombre —afirmó ella, mirándole muy fija.

—¿Por qué está tan segura de eso? ¿Quién le dijo que las cosas fueron como usted dice?

—Joey lo hizo.

—¿Joey? Está muerto.

—Antes de morir, —suspiró Mariella Germi, moviendo la cabeza dolorosamente—. Pobre muchacho. Tan guapo, tan fuerte, tan buena persona, tan llano y tan sincero siempre... Reía, reía por cualquier cosa. Un chiste pícaro, una broma, un comentario... La vida parecía sonreírle. Y él a ella. Y sin embargo...

—Sin embargo, señora Germi, está ahora en la Morgue. Con la sien hundida por un garfio de estibar... —Apretó Mark los labios, profundamente pensativo—. Es horrible, ¿verdad, señora Germi?

—Horrible, sí. Usted no le conoció. Pero yo... —Hubo una repentina humedad en los oscuros ojos latinos de ella—. Malditos puercos mafiosi...

Se mordió el labio, como si hubiera dicho demasiado ya. Mark entornó los ojos, sin desviarlos de ella.

—Mafiosi... —repitió Mark, implacable—. ¿Está seguro de eso?

—Cielos, cualquiera puede verlo claramente. Ellos controlan los muelles, ¿no? ¿Qué hace la policía? ¿Y el FBI mismo, al que usted pertenece? ¿Y el Gobierno? Nada. Sencillamente, viven en la impunidad. Hacen lo que quieren. Lo hicieron siempre.

—Intentamos evitarlo, señora. Créame. Hemos logrado algo, pero admito que no fue mucho. Estes Kefauver hizo un gran avance. Y Thomas Dewey... Pero no basta. Estoy de acuerdo con usted. Queda mucho por hacer. Quizás demasiado, para que todo sea lo rápido que debe ser... Ahora, trate de ayudarme en esto. Es muy poco para terminar con la Mafia, pero es algo, por insignificante que resulte. Señora Germi, ¿qué le dijo exactamente Joey, antes de morir?

—En los últimos días estaba preocupado.

—¿Preocupado?

—Sí. Otro, en su lugar, hubiera estado asustado. Él, no. Era demasiado fuerte, demasiado seguro de sí, demasiado decidido para sentir miedo. Pero algo le preocupaba hondamente.

—¿Le dijo lo que era?

—No. No concretamente, quiero decir. Me sugirió algo.

—¿Qué fue ello?

—Parece que, inesperadamente, por pura casualidad, había descubierto algo grande en los muelles de Brooklyn. Algo que le mantenía indeciso sobre la decisión a tomar.

—¿Una decisión? ¿De qué tipo?

—Quería ir a la policía, informar de cuánto había averiguado.

—¿Qué se lo podía impedir?

—Parece ser que su temor a no ser creído, o a no tener suficientes evidencias... Decía que era tan difícil demostrar ciertas cosas a una policía escéptica en el mejor de los casos, y corrompida y sobornada en la mayoría de las ocasiones... Creo que estaba tomando una decisión.

—¿Qué clase de decisión, señora Germi?

—Bueno, él... pensaba sin duda reunir más pruebas, ahondar más en el asunto y, una vez en su poder las evidencias... ir a la policía. Pero no a la Metropolitana, no. Él también sabía la clase de cerdo que está hecho el teniente Mandell, de Brooklyn, y tantos otros oficiales de nuestra policía, vendidos al dinero de... de la Organización.

—Entiendo. ¿Le dijo cómo pensaba obtener esas pruebas?

—No —suspiró ella—. No lo dijo, señor. Murió, llevándose el secreto a la tumba. A no ser...

—A no ser... ¿qué? —se interesó vivamente Mark, inclinándose hacia adelante.

—A no ser... que se lo dijera a su mejor amigo.

—¿Quién era ese «mejor amigo» que usted cita?

—Un trabajador de los muelles, también. Pero no le conocía de allí, sino de esta vecindad. Es Marko. Marko Skoda.

—Skoda... ¿Extranjero?

—Yugoeslavo emigrado. Está casado. Él y su esposa Ana viven cerca de aquí, en el 1260. Él trabajó en las oficinas portuarias de carga y descarga. Su mujer, tiene un pequeño negocio de cigarrillos y revistas, nada de particular. También vende golosinas para los muchachos. Lo verá en seguida, en cuanto salga de aquí...

—Gracias, señora Germi...

—Adquirió un paquete de cigarrillos emboquillados. Y un ejemplar de «Time». Pagó a la mujer morena, delgada, de ojos vivaces y oscuros. Ella le devolvió el cambio. Mark la contempló, con expresión penetrante, recogiendo las monedas. La mujer se inquietó algo, pero no hizo comentario alguno, y fue a despachar goma de mascar a un par de muchachos.

Al volver con el dinero de los jovenzuelos a su caja registradora, se encontró de nuevo con la mirada de Mark, y su nerviosismo se hizo más ostensible. Incluso se le cayó una moneda al cerrar la caja.

—Disculpe, señor —habló, insegura—. ¿Olvidé despacharle algo?

—No, señora Skoda —negó lentamente Mark. Mostró su credencial—. Soy agente federal. Quería hacerle unas preguntas.

—Federal..., —ella se echó atrás, perpleja—. Le aseguro que no entiendo... Tengo todos mis permisos y pagos de Impuestos en regla y...

—Bien, bien —atajó Mark, muy vivo—. Es suficiente, no se moleste más en justificarse. No inspecciono establecimientos. Es a usted a quien quería hablar, señora Skoda. A usted, y a su esposo.

—Él está ahora en los muelles. Trabaja en Brooklyn, en las oficinas Docks Trades Amalgamate, de Waterfront y Main, entre los puentes de Brooklyn y Manhattan.

—Sí, lo sé, señora Skoda. Hablaré, por tanto, con usted —sonrió Mark—. Siempre que no se oponga, claro. Está no es una visita oficial. Puede negarse a responder a mis preguntas con entera libertad. Está en su derecho.

—Preguntas... ¿sobre qué?

—Digamos más bien que «sobre quién».

—Entonces... ¿sobre quién?

—Joey LaMotta —dijo Mark, escueto.

Ella abrió los ojos fugazmente. Humedeció sus delgados labios. El rostro ajado se cubrió de inquietud, acaso de preocupación mal disimulada.

—Joey... —musitó, entiendo al parecer. Miró a su alrededor, como si detrás de cada magazine, detrás de cada cartón de cigarrillos, emergieran los oídos de un hipotético espía camuflado—. Oh, Dios...

—Señora Skoda, hablé con la señora Germe —explicó Mark—. Ella me envió a usted. Dijo que su esposo y Joey eran buenos amigos. Joey sabía algo. Y quería descubrir algo más. Eso es posible que le costara la vida. Solamente hubo un testigo del crimen. Y está ciego. No nos sirve de nada. Hemos de partir de otra base para intentar localizar y desenmascarar a la persona que asesinó a Joey. Estoy siguiendo un rastro completamente rutinario, pero no tengo otro camino. Sólo espero que todos me ayuden, leal y honestamente, si de verdad fueron amigos de Joey LaMotta.

—Lo fuimos, señor... ¿Lambert es el nombre que leí en su credencial?

—Sí, señora Skoda: Lambert. Mark Lambert, de la División de Leyes Federales. Nos ocupamos, entre otras cosas, de combatir el crimen organizado, el moderno gangsterismo en nuestro país. Si sabe algo, le ruego que hable, señora Skoda. Con el silencio, no vamos a ninguna parte. El terror seguirá imperando, si las gentes honradas se acobardan y callan.

—Y si hablan... siempre ocurre lo mismo. Como a Joey —dijo tristemente ella—. La muerte, señor Lambert.

—A veces, vale más correr el riesgo. Creo que vivir sin dignidad ni confianza, es peor que morir por una causa común que a todos interesa. Es duro aceptarla, sí, porque sin poderlo evitar, todos somos, egoístas, señora pero a la larga, se beneficiarán generaciones

venideras. Nuestros hijos pueden heredar un mundo corrompido e indigno... o una sociedad limpia y honrada. Está en nuestras manos la elección.

—Dicho así todo, suena muy bonito —suspiro Ana Skoda—. Pero visto en la realidad, es horrible, es trágico, sombrío... Asesinan a mansalva, silencian a quien quieren, en la mayor impunidad. Joey mismo lo decía siempre. Y, el pobre, se creía capaz, él solo, de llegar un día a destrozar toda la Organización, como si ésta fuese un bloque de arcilla que él pudiera golpear con un mazo formidable, resquebrajándolo y haciéndolo trizas después... Pobre muchacho. Era una gran persona, un chico admirable. Y ahora... está muerto.

—Sí, señora Skoda. Está muerto. Yo lo he visto hace poco, en el Depósito. No era nada agradable contemplar lo que le hicieron...

—Por Dios, no me lo diga —rogó ella, cubriendo sus ojos con una mano delgada, huesuda, y sujetándose con la otra al mostrador, quizás para no desplomarse. Había palidecido mucho y muy de repente—. Prefiero no saber... no pensar más...

—Lo entiendo muy bien. No le diré nada. Basta con saber que murió, que fue asesinado. Señora Skoda, él sabía algo últimamente, ¿no es cierto?

Otra mirada alrededor, huidiza y como amedrentada. Por fin, un susurro apenas, entre sus labios convulsos:

—Sí... Sí, parece que sabía algo... Algo importante, señor Lambert...

—¿Nunca le dijo a usted o su esposo lo que era?

—No. A mí, no —se apresuró a negar ella—. Y a Marko... creo que tampoco.

—Señora Skoda, su esposo trabaja en los muelles, ¿no es cierto?

—Cierto, sí. Primero era estibador. Pero él estudió, allá en Yugoslavia, de donde vinimos durante la Segunda Guerra Mundial, huyendo del nazismo... No hemos vuelto a la patria. Nos afincamos en los Estados Unidos. Aquí encontró Marko su trabajo, aquí nos adaptamos y creamos un hogar modesto pero sólido. Marko aprendió pronto el suficiente inglés para aspirar a algo más que cargar fardos sobre la espalda. Le dieron un puesto de vigilante y controlador de número de bultos, peso y cosas así. Eso duró unos años. Trabajaba duro, y bien. Le pasaron a las oficinas de la Compañía. Allí empezó como simple escribiente. Ahora, ocupa un

puesto mejor remunerado, en las oficinas centrales, de Waterfront Side. Está con una firma importante de cabotajes, la Docks Trades Amalgamated. Sus responsabilidades no son muchas pero su sueldo es bastante bueno.

—Lo celebro por ustedes, señora Skoda. Pero lo cierto es que ellos eran muy amigos, ¿no es verdad? Me refiero a Joey y a él...

—Muy amigos, sí. A veces bebían juntos y se divertían jugando con los compañeros de trabajo. Poco dinero, eso sí Marko nunca fue vicioso. Tampoco tomaban sino unas cervezas, y volvían serenos a casa. No era de esa clase de gente que se embriaga con frecuencia. Y Marko tampoco lo es.

—Trate de recordar. ¿Qué dijo exactamente Joey, sabré lo que había descubierto en los muelles?

—Bueno, él estuvo a comer con nosotros, en casa, hará cosa de una semana... Sí, fue el domingo, justamente. Hice comida típica italiana de primer plato:

Ravioli, que eran la debilidad de Joey... Luego, de segundo plato, un alimento típico de Yugoslavia; carne de vaca con judías verdes y salsa picante... Le encantó. Todo ello con vino. Vino yugoslavo, que resulta aquí más barato de adquirir que el italiano, el español, claro está... Recuerdo que Joey habló de... de la Organización, de su control abusivo en los muelles, de su poder sobre empresas y obreros, de sus exigencias y de sus impuestos vergonzosos... También mencionó accidentes que no fueron tales, sucesos que habían quedado en la sombra, desapariciones, incendios y destrozos nunca aclarados... según Joey, podría probar muy pronto a todos el grado de culpa de tanto mal, de un puñado de personas de las que nadie jamás sospechó cosa alguna delictiva. También aseguró que muchos policías y gente aparentemente honorable caerían en el escándalo, cuando él pudiera levantar la voz y denunciar lo que sucedía...

—¿De modo que todo eso refirió él?

—Sí, todo eso. Nos extrañamos Marko y yo. Mi marido le advirtió que era muy grave aventurarse en algo que no pudiera demostrar sobradamente, y Joey dijo, lleno de confianza en sí mismo, que no tenía la menor duda sobre todo lo expuesto, que había descubierto por pura casualidad algo asombroso, y que iba a tirar de la manta muy en breve, haciendo surgir a la luz tanta

podredumbre, que el famoso retrato escondido por Dorian Gray en su desván, iba a ser hermoso al lado de la miseria y la hediondez de lo que emergería cuando él hablara y entregara las pruebas de todo ello al FBI.

—Señora Skoda, eso es todo muy interesante —reflexionó Mark, pensativo—. ¿Qué más dijo Joey? ¿Puede recordarlo?

—En ese momento, Marko dijo que iba a hacerle una serie de importantes advertencias que sólo conducirían a su beneficio propio, y que después obrase en consecuencia. Le tomó por un brazo, paternalmente, y le llevó al gabinete vecino al comedor, empezando a decirle por el camino que sería mejor hablarlo a solas y que...

—¿Qué, señora Skoda? ¿Qué más? —la apremió Mark Lambert.

Ella no respondió. Tenía los ojos muy abiertos, fijos en algo o alguien, a espaldas del federal. Y esos ojos añejaban algo parecido al temor, al sobresalto.

—Vivamente, Mark giró sobre sí mismo, llevando su mano a la automática de su funda sobaquera, dispuesto a lo que fuese. Se encontró ante un hombre tranquilo, frío, erguido frente a ellos en el puestecito de tabaco y de revistas, cuya mano aparecía ocupada por un diario, sin apariencia alguna de arma de fuego o señal de posible violencia.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Mark vivamente, en tensión.

—Creo que es natural que esté en mi propio negocio, señor —replicó glacialmente el hombre, con un inglés suave, algo enfático, evidentemente pronunciado por un extranjero—. Soy yo quien debe preguntarle qué hace aquí, interrogando a mi esposa.

—Soy del FBI —explicó Mark. Le plantó la credencial ante los ojos—. División de Delitos Federales. Abarcamos más de treinta y seis de ellos, de la más diversa especie. El crimen organizado, la Mafia y todo eso, son uno de esos delitos.

—Entiendo, —los ojos oscuros del hombre de abundante cabello negro, peinado hacia atrás, se fijaron en él con poca amabilidad—. Eso no obliga en absoluto a mi esposa a responder a pregunta alguna.

—Pero Marko, él investiga lo de Joey, y yo le contaba que...

—Ana, no tienes que contar nada. Ni a él, ni a nadie. Te lo

prohíbo. Si quieren oírte, que te citen formalmente como testigo, y veremos lo que aconseja un abogado.

—¡Marko! —se sorprendió ella—. ¿Por qué esa actitud?

—Sí, señor Skoda —apoyó Lambert—. ¿Por qué esa actitud? Creí que iba a cooperar, como amigo que fue de Joey LaMotta.

—No tengo nada que decir. Mis decisiones las adopto yo, señor. Y mi decisión es ésta: ni mi esposa ni yo hablaremos con usted ni con nadie. No tienen derecho a interrogarnos. No sabemos nada de nada. ¿Eso le basta, señor?

—Creo que sí, señor Skoda. —Mark le miró fríamente. Se llevó los dedos al ala de su sombrero, girando la mirada hacia la esposa del yugoeslavo—. Adiós y gracias, señora Skoda. Veo que su esposo no se siente precisamente entusiasmado con la idea de cooperar para que el asesino de su amigo Joey pague su crimen... Si hay proceso contra alguien, les enviaré una citación judicial...

Se alejó, con paso firme. Marko Skoda le siguió con sus ojos inexpresivos, sin añadir nada más. Tras el mostrador, su mujer se limitó a bajar la cabeza, abatida, como desconcertada por una actitud que no le parecía habitual en su marido.

Por su parte, mientras subía a su automóvil y lo ponía en marcha, Mark Lambert estaba pensando en algo muy diferente, relacionado con el sorprendente señor Skoda, el yugoeslavo que trabajaba en la Docks Trades Amalgamated.

Pensaba en que, mientras hablaba, Skoda había revelado en su voz algo peculiar y muy digno de ser tenido en cuenta.

No sólo se trataba de su inglés imperfecto aunque correcto. Es que Mark Skoda respiraba con dificultad. Como si estuviera asmático...

CAPÍTULO III

EL día que mataron a Renzo Allasio, era un feo día en Brooklyn. Y en todo Nueva York.

Estaba lloviendo con fuerza. Tan intensamente, que las empresas de carga y descarga de muelles, ordenaron a sus estibadores la suspensión del trabajo. El agua caía como un azote formidable, descargando en un aguacero turbulento, con viento cacheado. El cielo tenía un color negro, y frecuentes fulgores zigzagueantes se acompañaban, en su lívido recorrido por la negrura de los, nubarrones, del estruendo áspero y rotundo de los truenos.

Guarecidos bajo porches, marquesinas, en puertas de los tinglados y almacenes de los muelles, o correteando entre las pilas de fardos, bajo la protección de lonas Impermeables, los obreros portuarios aguardaban que el violento temporal cesara para la reanudación del trabajo de descarga de los varios buques mercantes pendientes de, tal tarea.

El temporal asomó sobre Nueva York a media mañana, y se prolongó hasta más allá del mediodía, paralizando toda actividad en los docks.

Justamente entonces, Renzo fue asesinado.

Renzo Allasio había sido nombrado, tres días antes, delegado de la Asociación de Estibadores, por votación popular entre todos aquellos que habían resuelto negarse a seguir dependiendo del famoso Sindicato de Obreros Portuarios, organismo legalizado cuyo papel laboral no estaba demasiado claro, pese a haber sido admitido por la legislación, al cumplir todos los requisitos marcados en tal sentido, contra la opinión del anterior y desprestigiado Sindicato de los Muelles de Nueva York, que tras recibir tantos duros golpes a su estructura, había prácticamente abandonado el control de los

muelles en manos de una más poderosa y oculta fuerza, de naturaleza nada clara y de reglamentos muy turbios, que era el casi omnipotente Sindicato de Obreros Portuarios.

Sobre la real estructura de tal Sindicato, nadie en Brooklyn ni en parte alguna de todo Nueva York o del país, se hacía ilusión alguna. Era un secreto a voces. Pero un secreto permitido por las Leyes, autorizado por el Gobierno, y tolerado por las autoridades del Estado de Nueva York, impotente para aniquilar o siquiera combatir el Sindicato.

Masivamente, los estibadores habían pasado a depender de ese Sindicato, quitando toda su escasa fuerza al legalmente instituido. Toda la famosa encuesta de Kefauver, acusando a muchas sólidas estructuras del país de pertenecer a la Mafia y de estar metidos los más poderosos gangsters en las entidades laborales del país, de costa a costa, se venía a tierra en sus resultados. El sistema seguía, escandalosamente tolerado. Ni importaba que un hombre llamado Kennedy escribiera «El enemigo en casa», ni que el FBI, en cierto período brillante de sus actividades, hubiese atacado en su raíz al enemigo emboscado dentro de los Estados Unidos.

Nada contaba. Los Sindicatos más poderosos, reestructurados o transformados, no eran sino tentáculos del mismo gigantesco pulpo devorador que, como un inmenso cáncer, corroía al país entero. En apariencia, todo limpio, legal, honesto y sujeto a las normas sociales laborales y legislativas. En su fondo, la basura de la Organización, el control de los departamentos diversos, desde altos cargos. En suma, la invasión sistemática, ordenada y fría de todo estamento útil, susceptible de ser dirigido desde la sombra por los auténticos amos del mundo del trabajo y los negocios, dentro de los Estados Unidos.

Entonces, el grupo rebelde de estibadores en paro, o; forzados a trabajar por los sueldos fijados por el Sindicato, del que se deducían semanalmente enormes e injustificados descuentos, tuvieron la mala idea de agruparse y constituir una Asociación independiente. En su totalidad, reunía a unos doscientos cincuenta estibadores. Muy pocos, entre los miles de los muelles de Nueva York, pero acaso suficientes, si, bien capitaneados, llevaban a buen puerto la nave de sus reclamaciones salariales, descubriendo ante una Comisión Senatorial los abusos y fraudes en las nóminas y sus descuentos

legales.

La votación para elegir delegado y portavoz, fue larga y laboriosa. Muchos querían ser delegados, en un rasgo de audacia, pero pocos estaban realmente preparados para, tal labor. Otros que hubieran podido serlo, rechazaron tal honor, asustados por las consecuencias que podía reportar el simple hecho de dar la cara frente al Sindicato.

Solamente un hombre, Renzo Allasio, aceptó presentar su candidatura. Reunía todas las cualidades precisas: juventud, fortaleza, decisión, valor, inteligencia y preparación. No era un estibador vulgar. Dirigía los trabajos de varios docks, controlaba las mercancías y supervisaba listas de carga. Anteriormente, había sido pagador y contable con el Sindicato de los Muelles de Nueva York, y pudo haber continuado siéndolo, ahora bajo la entidad laboral reconocida legalmente, Sindicato de Obreros Portuarios. Pero Renzo se negó a ello y desafió al poder siniestro del Sindicato con esa negativa.

Tuvo que aceptar un trabajo impropio de su condición, justamente cuando acababa de casarse. Pero lo soportó bien, y se adaptó al nuevo y reducido sueldo. El sacrificio parecía que no iba a ser estéril, porque fue elegido por unanimidad delegado de la Asociación de Estibadores. Si lograba que su grupo triunfase en un enfrentamiento con el Sindicato, ante el Comité Senatorial, y la Asociación liberal era autorizada, sería el principio del fin para los *racketeers* metidos en los muelles.

Sólo que fue todo estéril. El sacrificio, y el esfuerzo valeroso de Renzo. Aceptó su elección y se dispuso a preparar su informe, minucioso y documentado, sobre irregularidades en la asociación sindical portuaria que «velaba» por los intereses de los obreros.

Y entonces le mataron.

Renzo Allasio iba a presentarse al día siguiente ante el Comité del Senado, con su informe minucioso. Lo cierto es que era esperado con escepticismo, porque el Sindicato había procurado mover sus peones para minar el terreno de Renzo. Y los peones del Sindicato eran piezas de gran fuerza. Políticos, policías sobornados, dirigentes sindicales coaccionados, millonarios y magnates que formaban parte de los altos estamentos de la Organización y financiaban su juego...

—Aun así, Renzo esperaba tener éxito, porque sabía que, pese a todo, en el Comité habría personas honradas y limpias, aunque también estuviesen infiltradas gentes enemigas. Incluso el Senado podía estar ya dañado, como la fruta que se pudre en un cesto, contaminando a la que estaba sana. Sólo que no sería suficiente el daño, para pudrirlo todo. No aún.

Las esperanzas de los estibadores rebeldes, murieron con él.

Y lo peor es que su muerte se dictaminó rotundamente, tanto por el informe del forense, como por decisión del teniente de policía Stuart Mandell, y del coroner de la encuesta:

—Renzo Allasio ha muerto accidentalmente en los muelles, bajo el temporal de lluvia, a mediodía de ayer...

Era una mentira, claro. Una sórdida y vergonzosa mentira que nadie podía creer. Pero que la Comisión del Senado aceptaría por buena, y que dejaría las cosas tal como estaban antes. Y peor aún para los rebeldes, para aquellos que votaron a Renzo como portavoz de sus justas aspiraciones de dignidad laboral y social.

Todo eso sucedió cuando, bajo el temporal, una grúa se estropeó, «accidentalmente», según el informe oficial de las autoridades de Brooklyn, desprendiéndose su polea y su brazo metálico, que aplastó el cráneo de Renzo Allasio, situado con una lona impermeable, justamente al lado de su cabina de vidrio para el control de operaciones de carga y descarga, con las básculas al lado.

Nadie supo por qué, en pleno temporal, Allasio estaba allí, soportando el aguacero. Hubo algún estibador que afirmó que había oído que le llamaban allí, de parte de alguien. Pero no se pudo confirmar eso, no apareció el estibador que le llevara el supuesto recado, y menos aún surgió nadie que confirmase haber solicitado la presencia de Renzo en el sitio de la tragedia.

El estibador que oyera el aviso a su compañero, acabó por decirse a sí mismo que valía más no insistir en algo que sólo él sabía al parecer, y lo mejor era no meterse en líos, procurando olvidar lo que oyera.

De ese modo, nadie levantó la voz para protestar contra el veredicto legal que declaraba a Renzo Allasio víctima de un accidente laboral, y sólo permitía a su viuda recibir del Sindicato de Obreros Portuarios la pensión y la indemnización adecuadas al caso, conforme a las disposiciones legales vigentes en tal materia.

La muerte de Renzo Allasio, terminaba así su proyección, apenas ocurrida, y se olvidaba el impulso de la Asociación de Estibadores, cuando aún ni siquiera se había iniciado.

El Sindicato, seguía mandando, omnipotente y todopoderoso, sobre los muelles de Brooklyn y de todo Nueva York.

Le admiró su serenidad. Su inesperada sangre fría.

Esperaba verse ante una viuda llorosa, patética, puramente meridional, apasionada y plañidera, como un personaje de drama rural.

En vez de eso, se enfrentaba ante un personaje de auténtica tragedia griega. Una mujer helada, hermética, inmutable. Con los ojos secos, la boca apretada, la faz pálida y hasta el suficiente valor para sonreír, siquiera fuese a medias, dibujando en su boca carnosa, y ahora pálida, una insinuación de mueca entre sardónica y amarga.

Vestía de negro, pero no totalmente. Sus medias eran grises, igual que su velo color humo, sobre el cabello castaño, peinado con sencillez. También su traje de luto tenía un pequeño lazo gris.

—Señora Allasio, de veras lo siento...

—Gracias —ella le miró, serena. Se dejó tomar la mano y aceptó el beso insinuado, en cortés inclinación muy europea, de su visitante. Le contempló más profundamente al preguntar—: ¿Le conozco tal vez? No logro recordar bien ahora...

—No, no me conoce —negó él—. Mi nombre es Mark. Mark Lambert. Supe hoy lo de su esposo. He venido en cuanto me enteré de ello... No es sólo una visita de cortesía, señora. —Trabajo en el FBI.

—Policía... suspiró ella, entornando los ojos sin llanto.

—Exacto. —Mark miró a los restantes visitantes del hogar de los Allasio, en el Brooklyn puramente latino, de familias italianas—. No sé qué decirle, créame. Ni es momento para preguntas, lo comprendo. Pero...

—Termine, por favor.

—Pero tenía que verla, señora. Era necesario.

—¿Por qué? ¿Conoció a mi esposo tal vez?

—No. Tampoco.

—¿Entonces...?

—Señora Allasio, investigo lo que ocurre en los muelles. He comenzado con el caso de un joven estibador asesinado, Joey

LaMotta.

—LaMotta... —meditó ella—. Oí alguna vez ese nombre en labios de Renzo. Pero no sabría decirle con qué motivo.

—Comprendo. Tampoco vengo a hacerle preguntas ahora, señora. No es el momento. Sólo deseo estar seguro de que no me negará usted una entrevista, cuando todo esto haya pasado, y me hable entonces de su esposo, de lo que pudo realmente suceder, de lo que pensaba él hacer y de muchas otras cosas que tal vez aclaren su muerte. Yo le dejaré mi tarjeta, y usted, al sentirse ya algo mejor, más serena y reposada tras la tragedia, puede llamarme y... —dejó su tarjeta en la mesita cercana, sobre un ejemplar de la Biblia, encuadernado en negro y oro.

Luciana Allasio no le dejó terminar. Su voz sonó tranquila:

—Puede creerme, señor Lambert. Estoy serena y reposada. No me sentiré mejor o peor cuando hayan pasado unos días —le hizo un gesto hacia el interior de la casa—. Pase, se lo ruego. Si tiene preguntas que hacerme, puede formularlas. Si hay respuestas que yo pueda darle, las tendrá, ahora.

Mark se quedó impresionado. Miró larga, profundamente, a la hermosa, joven, altiva mujer, reciente en su viudedad, pero tremendamente adaptada a la dramática situación, con un fatalismo digno de un personaje mitológico.

—Gracias —dijo despacio, aceptando su invitación—. Sólo espero saber estar a su misma altura, señora Allasio, en los momentos actuales.

Pasó a un gabinete, pequeño y pulcro, aunque modesto en su mobiliario y detalles. La limpieza y la feminidad eran algo que parecía formar parte viva del hogar roto de los Allasio. Se acomodó en una butaca tapizada de azul intenso. Ella lo hizo frente a él. No miró sus piernas, enfundadas en medias color humo, pero le costó trabajo no hacerlo. La falda de la joven viuda, de reciente hechura, era lo suficientemente corta para que, al acomodarse, subiera sobre los muslos una serie de pulgadas que exhibían, con tal ausencia de capacidad unas piernas realmente espléndidas.

Mark alejó de sí semejante idea. Era un sentimiento muy humano ante el atractivo de una joven dama tan bien parecida, pero debía recordar ante todo lo que en estos momentos gravitaba sobre ella y su hogar. Y sobre todos los seres honrados del país.

—Puede preguntarme —dijo ella, con increíble calma—. Yo le responderé con franqueza total, señor Lambert, esté seguro de eso.

—Sí, empiezo a estarlo —sonrió seriamente Mark. La contempló y lanzó su primer dardo: Señora, ¿cree realmente en la versión oficial de... de un accidente?

Ella negó rotunda con la cabeza, sin desviar sus ojos de él. No había humedad de llanto en ellos, pero resultaba aún más patética su expresión seca, fría, terrible.

—No —dijo—. No lo creo:

—¿Qué piensa que sucedió?

—Estoy segura de ello. Ocurrió lo que ha motivado que usted venga a verme: asesinato.

—Pero no hay evidencias...

—No importa. Le mataron.

—Los expertos de la policía examinaron los cables desprendidos de la grúa. Dicen que no hay huella de manipulación alguna. Sencillamente, se desprendieron. Un engranaje estaba flojo.

—Es cierto —suspiró.

Mark Lambert varió de tema.

—¿Su situación económica, señora Allasio?

—Mala. Renzo ganaba un sueldo pequeño. Nos sacrificábamos mucho. Yo hago labores en casa, para encargos, costura y cosas así. Entre los latinos todavía gusta eso y no ir a adquirir cosas en serie a los grandes almacenes.

—Sí, ya veo. —Mark palpó los bordados a mano de un tapete, sobre la mesita de centro—. Supongo que ahora la indemnizarán por el accidente. Y le pasarán una pensión...

—Es lo habitual en estos casos, ¿no? —La mueca de ella fue sarcástica—. Tal vez los mismos asesinos me paguen por la muerte de mi marido.

—¿Qué quiere decir con eso, señora?

—El Sindicato pagará por Renzo, ¿no es lo que marca la Ley?

—Usted acusa al Sindicato, señora.

—Fueron ellos. Renzo sabía que esto podía ocurrir, aunque no sentía miedo sino por mí.

—¿Él sabía...? ¿Quiere aclararme eso?

—Gustosamente, señor Lambert. Hace dos días, Renzo me había dicho que la Asociación independiente estaba a punto de formarse.

Y que irían a la Comisión del Senado con suficientes pruebas del gangsterismo en los muelles. No sólo caería el Sindicato, sino alguien más.

—¿Quién?

—La empresa.

—¿La empresa?

—La Docks Trades Amalgamated, sí —sostuvo ella, rotunda.

Mark apretó los labios. Estudió, pensativo a la joven viuda.

Hasta entonces, nadie había mezclado nada a la empresa laboral. Sólo el Sindicato. Y en este momento, surgía algo raro. La señora Allasio acusaba a la Docks Trades Amalgamated la más importante entidad de estibadores y de carga y descarga portuaria.

—Eso es muy fuerte tal vez —dijo Mark—. Uno de los hombres más ricos e influyentes del Estado de Nueva York, el multimillonario Irving Carrados, poderoso industrial, es el concesionario de la Docks Trades Amalgamated.

—Exacto. Renzo estaba seguro de que Irving Carrados es uno de los altos jefes de la Mafia en Nueva York. Un miembro de su staff supremo, en suma.

—Irving Carrados... —Silbó Mark—. Eso suena como acusar a Ford, a Rockefeller o a Onassis de ser cabecilla de la Mafia, señora Allasio.

—Pero Renzo no acusaba a ninguno de esos magnates, sino a Irving Carrados.

—¿Por qué suponía su esposo tal cosa?

—No me lo dijo nunca. Pero tenía pruebas.

—¡Pruebas! —Casi pegó un respingo Mark—. Eso sería fantástico...

—Lo hubiera sido. Alegaba que no eran suficientes pruebas. No es lo mismo acusar públicamente a un hombrecillo cualquiera, que señalar a un Irving Carrados. Ni siquiera en nuestro democrático país, señor Lambert, usted bien lo sabe. Necesitaba pruebas aplastantes, demoledoras. Necesitaba, sobre todo, el material secreto de las cuentas y recaudaciones del Sindicato en los muelles. Y el nombre de alguno de sus grandes cabecillas, para llegar hasta Carrados. Renzo había obtenido datos muy concretos. Estaba seguro de triunfar... si le dejaban con vida.

—Si le dejaban con vida... —supiró Lambert—. Pero no ha sido

así, señora.

—No, no ha sido así —ella bajó la mirada, estrujó los dedos de sus manos entre sí—. Pero tal vez yo pueda seguir adelante con su obra.

—¿Usted? No diga locuras. Una mujer sola no puede meterse en un conflicto semejante. Él era un hombre y no pudo evitar ser muerto. ¿Adónde la dejarían llegara usted?

—Tal vez más lejos, señor Lambert —sonrió glacialmente ella—. Las mujeres somos muy obstinadas, y algo más astutas que el hombre. También más despiadadas, cuando perdemos toda sensibilidad y todo sentido de clemencia hacia el adversario.

—En esta ocasión, el adversario es muy fuerte. Demasiado. Para usted o para cualquier otro. Es... la Mafia. Un pulpo de un millón de tentáculos, señora Allasio.

—No pienso entretenerme buscando cortar uno a uno sus tentáculos. Como cualquier monstruo, es la cabeza el punto vital de su organismo. Destruya la cabeza, y los tentáculos se aflojarán, hasta morir.

—No esté demasiado segura de que haya solamente una cabeza. Puede tener muchas más, tantas casi como tentáculos...

—Habrá una efectiva, decisiva. Ésa es la que quiero decapitar, señor Lambert.

—Es un disparate. No haga nada. Deje que lo hagamos nosotros.

—Les ayudaré cuanto pueda. No negaré mi apoyo al FBI, señor Lambert. Pero también actuaré a mi modo. Sé que Renzo había ido reuniendo esas evidencias en alguna parte. Y no en esta casa...

—¿Cómo? —se interesó Mark, vivamente—. ¿Cree que su marido... ocultó las pruebas que poseía contra algo o alguien?

—Lo sé.

—¿Cómo está tan segura de ello?

—No me lo dijo, pero lo insinuó, lo dio a entender. Yo conocía muy bien a Renzo aunque nuestras relaciones fueran cortas y nuestro matrimonio haya durado tan poco tiempo... Sé que ocultó esas pruebas, y están en alguna parte, donde la Mafia quisiera obtenerlas, para asegurar la impunidad del Sindicato y de la Docks Trades Amalgamated. Y del magnate Carrados, naturalmente.

—Sería importante conocer ese sitio, ese escondrijo. Usted no debe buscarlo, señora, sino nosotros...

—Casualmente, yo soy más apta para ello, por conocer a fondo el modo de ser de Renzo. Mi intuición me dirá el resto.

—Pero señora Allasio, ¿cómo va usted a...?

Se interrumpió. En aquel momento, una joven de ojos llorosos, de largo cabello negro, asomó a la estancia, con sus pupilas negras muy dilatadas.

—Luciana, *il signore de lúfficio de Renzo*... —dijo, en italiano.

—Bene, bene, Rossana. Avanti... —Se incorporó la viuda, con un raro destello en sus bellos ojos castaños. Irguió su figura, resaltando la prominencia de sus senos meridionales, agresivos, incluso ceñidos por el negro vestido de luto. Se volvió a Mark para aclararle—: Es el abogado de la empresa de Renzo... Viene a entregarme el donativo por el accidente, y todo eso... Por favor, espere aquí. No intervenga.

Mark asintió, quedándose en el gabinete. Ella salió. La oyó hablar con un hombre de voz fuerte, grave y seca.

No captó sus palabras. Luego, oyó cerrarse la puerta del piso, tras una despedida. Y ella regresó al gabinete, con un talón bancario en sus manos crispadas.

—Ya está resuelto todo —dijo con voz fría—. Tuve que contenerme mucho para aceptar este sucio dinero, manchado con la sangre de mi marido, señor Lambert...

Mark miró el talón. Silbó entre dientes.

—Es mucho dinero —comentó—. Muy poco por una vida. Pero no es la indemnización que acostumbran a dar en accidentes normales... Ahí pone... cincuenta mil dólares. La Ley estipula menos de la tercera parte.

—Lo sé —ella clavó en Mark sus ojos fríos...— Es... el precio de una vida, usted lo dijo. Desean tenerme callada, conforme con todo. Yo fingí aceptarlo todo así. También pedí algo; trabajo.

—¿Trabajo? —Se inquietó Mark—. ¿Dónde, señora Allasio?

—Oh, algo que hacer en las oficinas de la Docks Trades.

—Supongo que no... no le darían ese trabajo...

—Se equivoca. Me concedieron un puesto en las oficinas del muelle, como mecanógrafa... Dije que deseaba guardar dinero para un hijo que va a nacer... —Hizo un gesto amargo—. Ni siquiera eso es cierto. No espero ningún hijo de Renzo. Pero valió. Me ha prometido ese empleo.

—Señora Allasio, no debo permitir que vaya allá —cortó Mark,

aferrándola por un brazo, con energía.

—¿Por qué no?

—Usted no va a trabajar, simplemente. Va a espiar, a averiguar, a buscar... las pruebas escondidas.

—Es posible —sonrió Luciana, con triste ironía—. ¿Piensa impedírmelo, señor Lambert?

—Yo... no. No puedo hacerlo —retrocedió, con un suspiro, tras una vacilación—. Usted es libre de tomar su decisión. Pero es peligroso. Muy peligroso lo que intenta, créame.

—Lo sé muy bien —asintió ella—. Y acepto ese peligro, señor Lambert.

CAPÍTULO IV

—**E**STA bien. Me ocuparé de eso, Mark. ¿Crees que puede ser eficaz?

—No lo sé. Pero hay que hacer algo. Esa mujer tiene una idea, aunque vaga, del posible escondrijo elegido por su marido. O al menos, está convencida de dar con él de algún modo. No sólo por esas pruebas quizás decisivas, sino por su seguridad personal... debemos cuidar de ella, sin que ella sepa que lo hacemos. A mí me conocen en los muelles. A ti, no, McGill. Además, eres fuerte, sabes interpretar papeles de rudo trabajador... Serás un estibador idóneo, estoy seguro.

—Oh, puede ser —rió Dave McGill. Siempre me gustó la idea de emplearme en los muelles. Sólo que el FBI fue mi mayor vocación. ¿Sorprendido de ello, Mark?

—No, no mucho —también Lambert soltó una suave carcajada—. Alguien dijo, cuando entraste en Quántico, que tenías más aspecto de luchador o de mozo de cuerda que de auténtico agente federal. Menos mal que tus instructores no se dejaron influenciar por tus músculos, también confiaron en cierto modo en tu inteligencia. —Fue una prueba de auténtico buen juicio, ¿no te carece, Mark?

—Posiblemente sí. Ahora, también yo voy a hacer lo mismo que ellos. Quiero pensar que eres bastante más que un manojo de músculos y una ruda cara de luchador nato. Sé que tienes algo llamado cerebro, y sé que sabes utilizarlo, aunque lo disimules. Eso nos irá bien en este taso, Dave. Vas a ser un estibador más, en los muelles de Brooklyn. Serás un fiel empleado que aceptará como un credo cuánto diga el Sindicato, tu Empresa, la Mafia, o quien sea. Ni una leve sospecha debes despertar. Veas lo que veas, te tragas tu

indignación, te muerdes los puños, te aguantas. Todo menos revelar nada que te haga poco grato o sospechoso a persona alguna. No te fíes de nadie, ni siquiera de quien más confianza te merezca. Escucha, observa todo con el máximo disimulo, indaga y vigila, sin que nadie lo advierta fácilmente. Ésa va a ser tu tarea. Y te aseguro que no es nada fácil. Ni es cómodo, ni tan siquiera carente de riesgos. ¿Crees que puedes llevar a cabo una misión así?

El gesto de Dave McGill fue rotundo, seguro, completamente dueño de sí, convencido de sus propias facultades para cualquier actividad.

—Naturalmente, Mark —afirmó—. Estoy seguro de ello. Confía en mí.

—Voy a hacerlo desde este momento. Te daré una serie de instrucciones previas, muy detalladas. No debes ir a ciegas allí. Vas a meterte en un auténtico avispero del que es difícil salir con vida. No debes dar ni el menor paso en falso. Un error, una equivocación, un descuido, y podrían terminar contigo. Estás advertido, Dave.

—Sé la clase de tarea que va a ser —asintió el joven McGill con un suspiro—. No temas. Llegaré adonde sea preciso. Para todos, seré solamente el estibador vulgar, el hombre rudo y sin excesivas inquietudes. Supongo que ése es el tipo exacto a interpretar en la comedia, ¿no es cierto, Mark?

—Exactamente. Pero con una salvedad, Dave.

—¿Cuál?

—Que no es una comedia o una alegre farsa lo que vas a interpretar. Más bien es un drama. Y de ti dependerá, en gran parte, que no se convierta en tragedia.

McGill afirmó, con gesto grave.

—Sí, Mark —dijo—. Entiendo bien. Te escucho...

No le costó gran trabajo obtener empleo.

Dave McGill tenía el físico de los hombres que son necesarios en los muelles. Fuerte, nervudo, enjuto pero atlético, de facciones rudas, tosca expresión, que podía convertir en ligeramente estúpida, a poco que se lo propusiera. La camiseta de manga corta y el pantalón de dril, gastado y ceñido, le sentaban bien.

Un capataz del Sindicato le admitió. McGill actuaba con su nombre. Tenía un documento de identidad convenientemente arreglado para su misión, por el Departamento especial del FBI, que

se ocupaba de tales cosas. También una tarjeta de trabajo de la Trade Union, de Brooklyn. Era una tarjeta falsa, pero eso difícilmente se descubriría, porque su número de control pertenecía a la tarjeta de un estibador muerto ocho años atrás, y solamente la propia Trade Union podía confirmar o negar la existencia de tal tarjeta. En el departamento en cuestión, trabajaba un funcionario amigo de la Oficina Federal, que daría informe positivo en todo caso, al nombre de Dave McGill.

McGill procuró presentarse en dos subastas de trabajo de la Docks Trades Amalgamated. En la segunda tuvo éxito. Un capataz lo escogió, asignándole los muelles de la zona noroeste de Brooklyn. Justamente en el sector de Waterfront.

El trabajo era duro. El jornal, reducido. Y los descuentos, elevados. Pero había solamente dos caminos: aceptarlo, o seguir parado. Todos los obreros sin empleo se veían en la necesidad de ceder y admitir esas condiciones injustas. Cualquier cosa era mejor que volver a casa sin un solo centavo.

McGill se dedicó a cargar y descargar fardos con agilidad y precisión. Antes había ensayado ya convenientemente, en una dependencia federal. Utilizaba el garfio con seguridad, y su fuerza física hacia el resto. Terminó la jornada laboral sin problemas, sin sentir demasiada fatiga y sin que los capataces y vigilantes de los docks advirtieran en su actividad señal alguna sospechosa.

A la hora del almuerzo, se encaminó al lugar que ya tenía elegido de antemano: el restaurante y cantina de Dick Fullmer, el testigo ciego.

Fullmer tenía lleno en su local. Casi todos los estibadores iban a parar allí, indefectiblemente. Las mesas, repletas, aparecían con las bandejas de los menús en serie, servidos por la cocina de Fullmer, y llevados a cada mesa por su propio consumidor. Un menú sencillo y nutritivo, compuesto de un guiso de carne, huevos con bacon, tarta de manzana, cerveza y café. McGill tomó el suyo y se perdió en el mar de gente, buscando un rincón donde acomodarse. Lo encontró en una lejana mesa. Desde allí, observó al ciego Fullmer, que dirigía desde el mostrador, con admirable eficiencia, el control de su negocio. A su lado, una muchacha pelirroja, atractiva, de curvas acentuadas y llamativas, de triste expresión melancólica, ayudaba al servicio, recogía las bandejas utilizadas y llevaba la caja. Todos la

llamaban «Cyd». McGill recordó; era la sobrina de Fullmer. La que tuvo relación con Joey LaMotta, el muchacho asesinado en los muelles...

McGill pensó que LaMotta tenía buen gusto. Cyd era quizás ligeramente opulenta de formas, pero no de manera excesiva. Sus pechos rotundos y sus caderas amplias eran lo más saliente de su anatomía. Por lo demás, resultaba esbelta, muy atractiva y llena de feminidad. Chapurreaba entre inglés e italiano, y costaba trabajo saber qué idioma hablaba mejor.

Cuando McGill terminó, y apuraba su café, Cyd Fullmer acudió a su mesa a retirar el servicio. Miró curiosamente a McGill, primero con indiferencia, luego con algo más de interés. Él la sonrió, desenvuelto. Ella le devolvió, la sonrisa.

—Hola —dijo Dave, risueño.

—Hola —contestó ella, pensativa. Arrugó su ceño deliciosamente—. ¿Nos hemos visto antes quizás?

—Me temo que no —suspiró Dave—. No hubiera podido olvidar a una joven como usted.

—Yo soy buena fisonomista. Juraría que no nos conocemos. Es nuevo aquí...

—Solamente aquí —rió Dave—. Me enviaron acá desde el sur de Brooklyn y desde Battery Park. Soy un poco rebelde y me peleo fácilmente con ciertos tipos. Eso me perjudica.

—Sí, entiendo —asintió ella, riendo—. Se peló con algún pez gordo.

—Con un capataz en Brooklyn, cerca de Atlantic. Y con un polizonte en Battery Park, porque metió las narices en un negocio particular que yo llevaba allí... Poca cosa. Pero no les pareció grato. Fui enviado acá por indeseable. Pero ya tengo trabajo.

—No es difícil emplearse con sus músculos —sonrió Cyd Fullmer, admirando sus bíceps, ceñidos por la camiseta de manga corta, color azul pálido—. Hace falta siempre gente fuerte en los muelles... ¿Se queda por aquí mucho tiempo?

—Mientras no sacuda a alguien... —Y Dave soltó la carcajada, cuando ya Cyd se alejaba, llevándose la bandeja.

Consultó su reloj. Era hora de volver al trabajo. Se incorporaba ya, cuando su vecino de mesa, próximo a él, lo hizo también. Le cerró el paso, con gesto grave.

—Cuidado —le avisó—. Esto no es Battery Park. Ni los docks de Atlantic.

—¿Cómo? —McGill miró al que hablaba, enarcando las cejas. Se vio ante un hombre rudo, más grueso que él, y también de menor estatura. Su pelo ensortijado parecía reptar por sus mejillas y cráneo como hiedra enroscada. Tenía largas patillas—. No le entendí bien, amigo...

—Soy estibador, como tú —dijo el otro—. Pero aquí no admitimos pendencias. SI sacudes a alguien, te largas. Inmediatamente. No tendrás trabajo nunca más.

—Vaya, esto está serio, ¿no?

—Mucho. Ninguno queremos líos. Además de estibador, soy delegado sindical. Me llamo Parker. Damon Parker. Pórtate bien, y siempre tendrás trabajo. Haz tonterías, e Irás de patitas a la calle, amigo.

—Yo me llamo McGill. Dave McGill. Y no tengo miedo a nadie.

—Eso es una torpeza. Se debe temer siempre a los fuertes. Hazme caso; no busques camorra aquí. Vale más que te ganes tu jornal calladamente.

—Me cuesta trabajo controlarme. Ahora mismo, te sacudiría en los morros por lo que estás diciendo, Parker.

—No te aconsejo que lo hagas —sonrió el otro glacialmente—. Soy mal enemigo, McGill.

—¿De veras? Me gustaría probarlo. Yo siempre dije que el perro ladrador, es poco mordedor. A lo mejor ocurre igual contigo, por muy delegado sindical que seas.

—No me gusta que me compares con un perro, ni siquiera en broma, McGill.

—Es que no era en broma —rió Dave—. Tienes cara de bulldog. Pero ladras Igual que pekinés...

Esta vez sí pareció ofenderle seriamente. El otro le disparó súbitamente un impacto seco al hígado. Dave McGill lo encajó bien, pero se dobló, con un rictus de dolor, perdida la respiración.

Parker, rápido, sobre la marcha, le lanzó otro impacto con su zurda a la nuca, aprovechando el instintivo encogimiento de su rival al ser tocado en el ligado. Pero no contó con la sorprendente capacidad de reacción de McGill, que aun doblándose, levantó su brazo derecho y bloqueó con él impacto del contrario. A su vez,

rehaciéndose con una celeridad pasmosa, proyectó su zurda sobre el estómago de Parker.

Su mazazo fue seco, contundente. Boqueó Parker, buscando aire para respirar. McGill no se lo concedió. En vez de eso, disparó ahora su derecha, soltando el brazo zurdo de Parker, y le conectó un escalofriante directo al mentón, que hizo crujir a éste, y puso en blanco los ojos de su adversario.

Antes de que le fuera posible rehacerse lo más mínimo, McGill lanzó como un torbellino violento sus dos puños, martilleando implacable el hígado y el estómago del delegado sindical. Luego, remachó la paliza con un mazazo de su mano abierta, de canto, sobre la nuca del rival, al encogerse éste, tras los secos golpes recibidos.

Parker se derrumbó en el suelo estrepitosamente, vencido por la demoledora serie de golpes sufridos a manos a McGill. Éste, jadeante, contempló a su enemigo derrotado. Luego, empezó a volverse hacia los estupefactos testigos de la escena.

—Un fantoche que alardeaba de duro, ha sido liquidado —comentó, riendo—. Parece que aquí la gente habla más de lo que es capaz de hacer...

No se había vuelto aún totalmente, cuando el techo entero del local pareció derrumbarse sobre él, sintió un vivísimo dolor en toda su cabeza, y estallaron luces de mil colores ante sus ojos. McGill se desplomó, de bruces entre sillas y mesas, quedando inmóvil.

Ante él, en pie, contemplándole entre satisfecho y burlón, un hombre alto, fornido, de rostro brutal y ojos estrechos y crueles, sonrió, agitando su mano, en la que unos nudillos de hierro, aparecían como contundente arma, ceñida a sus dedos. El mentón de McGill donde recibiera el mazazo, aparecía violáceo, y con una rascadura sangrante.

Cyd, en la Caja, lanzó un gemido y trató de ir hacia donde McGill había caído. La mano férrea de su tío se cerró sobre su brazo, reteniéndola con energía. Giró ella la cabeza. Se encontró con los vacíos ojos inexpressivos de Dick Fullmer, fijos en la nada. Pero el gesto de su tío era duro, decidido.

—Quieta, Cyd —avisó—. No te muevas. No intentes nada. Si han ajustado cuentas a alguien y ese alguien te era simpático, debes aguantarte. No quiero líos en mi casa. Nosotros no podemos

meternos en las cosas de los estibadores...

—Ha sido una cobarde agresión, tío —susurró ella, furiosa—. El pegó limpiamente a Parker. Pero ese cerdo de Rick Marvin le devolvió ahora el golpe... con nudillos de hierro. Y cuando no lo esperaba. Es una cobardía...

—Cyd, querida, tanto Parker como Marvin son gentuza del Sindicato. No podemos meternos con ellos. Deja que hagan las cosas a su gusto. Después de todo, saben que nadie va a mezclarse en sus asuntos. O peor Para quien lo haga... Cyd, ¿quién era él, ese muchacho que desafió a Los pandilleros?

—No sé. Es un estibador nuevo.

—¿Nuevo?

—Es la primera vez qué viene aquí. Ni siquiera sé su Nombre. Pero dijo que tuvo líos en Battery Park y al sur ce Brooklyn...

—Entonces, mal asunto para él. Perderá el empleo. Y le harán la vida imposible... —suspiró Fullmer—. Anda, Cyd, pequeña, ocúpate de tus cosas... y olvida todo eso. Es lo mejor que podemos hacer los dos: no meternos en jaleos...

Mark Lambert empujó las vidrieras donde se leían claramente las doradas letras:

DOCKS TRADES AMALGAMATED

Avanzó decidido a través de los amplios corredores y las oficinas de la empresa. Finalmente, se detuvo frente a la mesa de una mecanógrafa, en un pequeño recinto entre mostradores, donde se indicaba:

«INFORMACIÓN Y RECEPCIÓN»

—Dígame, señor —sonrió, obsequiosa, la rubia, estereotipada mecanógrafa.

—Deseo ver al jefe de esta Empresa, señorita —sonrió Lambert, cortés.

—¿Al señor Flammond, a Happy Hammond?

—Si él es el jefe, sí.

—Es el gerente general de la firma. Pero no podrá verle si no tiene hora convenida de antemano. Está muy ocupado, y...

—A mí me recibirá sin cita previa —mostró su credencial, que hizo dar un respiro a la rubia con expresión no demasiado feliz—. Ande, avísele. Y no consulte si me recibe o no. Voy a entrar.

La rubia se quedó de una pieza. Luego, apresurada, tomó el teléfono, cuando ya Mark se encaminaba resueltamente, a través de la amplia sala de mecanógrafas, hacia la puerta despacho, de suntuosa caoba, donde una placa de metal bruñido indicaba:

«DIRECCIÓN. NO PASAR»

Ante los ojos de Lambert, como al azar, se fijaron en una gran vidriera superior, asomada a esta sala. Arriba, otras oficinas y departamentos funcionaban, bajo una fría, cruda luz azulada.

Dominó su sorpresa al verse cara a cara con Marko Skoda, el yugoeslavo de Prospect Way, trabajando en una de las mesas de aquel piso rodeado de vidrieras. Y, al lado, no lejos de él, en otra mesa, una mujer que también le era perfectamente conocida: Luciana Allasio, esposa del hombre asesinado en los muelles de Brooklyn.

Rápidamente, fingió que no le era absolutamente conocida de nada la faz de Luciana, pese a que ella le había descubierto e identificado, mirándole intensamente. Tampoco saludó a Skoda, pero éste le escudriñó, hostilmente, desde su asiento allá arriba, siguiéndole luego con mirada inquieta, cuando caminó hacia la puerta del despacho privado de Happy Hammond, el gerente de Docks Trades Amalgamated, en su central de Waterfront.

Lambert cumplió su promesa. Abrió la puerta sin llamar ni hacerse anunciar más, y entró en el despacho con decisión.

—Hola —saludó al hombre que, sentado tras una suntuosa mesa despacho de igual madera de caoba, se erguía, ceñudo, tras colgar el teléfono—. ¿Puedo pasar?

—No —replicó Hammond—. Pero como no va a hacerme caso, tanto da. Ya está dentro, ¿no?

—En efecto —sonrió Mark, irónico—. ¿Le molesto acaso?

—Me molesta —la acritud del gerente hacia él era belicosa en sumo grado—. ¿Eso cambiará las cosas?

—En absoluto. —Lambert llegó ante la mesa, sin acomodarse en los confortables asientos tapizados de cuero negro—. Usted no se anda con rodeos, ¿verdad, Hammond?

—Ni usted tampoco. ¿Qué ha venido a buscar aquí?

—Aún no estoy muy seguro de eso. Busco algo, pero ni siquiera sé dónde pueda estar...

—Eso no parece tener mucha gracia. Si ni siquiera sabe lo que busca ni dónde... ¿por qué me molesta a mí?

—Me han dicho que ustedes y el Sindicato se llevan bien.

—¿Sindicato? ¿Qué Sindicato?

—El portuario, claro —rió Lambert—. ¿Creía que me refería al del Crimen?

—Eso aún tiene menos gracia. Es natural que tengamos la mejor relación con el Sindicato de nuestra especialidad. Pero esa alusión al crimen no tiene sentido. Ni es divertida.

—Hay quien dice que los dos son uno mismo.

—Eso es ridículo, señor... er...

—Lambert. Mark Lambert —paseó ante su nariz su credencial del FBI—. División de Delitos Federales. Y no es ridículo. Está sucediendo. Lo sabe todo el mundo.

—Tonterías. ¿Quién puede acusar, presentar evidencias, demostrar a la opinión pública que está en lo cierto al suponerse semejante cosa?

—Por el momento, nadie —sonrió Lambert—. Hubo quienes pudieron hacerlo, y murieron violentamente: Joey LaMotta, Renzo Allasio...

—LaMotta se peleó con algún compañero, por faldas o por dinero. En cuanto a Renzo, se ha probado que fue accidental. Y era un empleado nuestro, no un estibador.

—Solamente lo ha probado el teniente Mandell. Stuart Mandell, que tiene fama de gastar más dinero en un mes, del que gana en un año como teniente de la Policía.

—Son las suyas insinuaciones muy graves. Lambert...

—No insinúo. Acuso.

—¿A quién?

—Al sindicato de Obreros Portuarios, por ejemplo. A Docks Trades Amalgamated, por ejemplo... ¿Qué le parece...?

—¿Se ha vuelto loco? —aulló Hammond—. Eso es un disparate, una locura. ¡Puedo demandarle por esto, Lambert! Son calumnias, injurias indignas...

—No hay testigos. No acuso sino ante usted. Y no es oficial, sino

oficioso. No puede demandarme. Además, usted y yo sabemos que digo la verdad. Sólo me falta probarla. Y existe un medio de lograrlo. Cuando eso ocurra, todos ustedes se hundirán. Su propia podredumbre les asfixiará.

—Está delirando. ¿Qué medio existe de probar semejante insensatez?

—Las pruebas las tenía Renzo Allasio —sonrió Mark, muy seguro de sí, muy enfático y convencido—. Sigue teniéndolas Renzo pero ignoramos dónde. Los muertos no hablan, ¿verdad, Hammond? No obstante, tengo cierta leve idea... Y vamos a probarla. Lo intentaré, sea como sea. Cuando tenga esas pruebas en mi mano, las mismas por las que Allasio fue liquidado... ustedes, todos ustedes, estarán perdidos. Total e irremisiblemente perdidos, Hammond.

—¡Fuera, Lambert! Salga de mi despacho, salga de este edificio... —jadeó el gerente de la Empresa, con ira incontenible. Se irguió, al borde la congestión—. No lo soporto. No lo tolero ni un momento más, maldito sea usted. Si se obstina en seguir lanzando acusaciones tan monstruosas, haré llamar a todos mis empleados, y deberá repetirlo ante ellos. Entonces sí que estaré capacitado para demandarle por injurias, por calumnias y...

—No siga. —Mark hizo un gesto burlón—. Ya me retiro, Hammond. Pero sepa que no estoy lejos de todos ustedes. No les pierdo de vista. Ni a usted, ni a su Empresa, ni al Sindicato... ni a muchas otras cosas...

Salió, ante la ira impotente de Happy Hammond, cerrando tras de sí la puerta, desfilando entre las mecanógrafas con una mueca burlona, llena de sarcasmo, y con una gentil reverencia, que hizo reír a casi todas las jóvenes empleadas de la Empresa, abandonó el recinto. Antes, con gran disimulo, miró hacia Skoda. El yugoeslavo, preocupado, no le quitaba ojo desde la planta de las vidrieras.

Ni tampoco Luciana Allasio, a la que continuó ignorando totalmente. Y tenía sus razones para ello.

CAPÍTULO V

¿RAZONES? ¿Qué razones puede tener para obrar como obra, Mark? Es una locura, una insensatez. Es echarse encima a toda la Mafia estúpidamente...

—Lo sé inspector. Es el riesgo que corro. McGill corre otro similar en el puerto. Tengo que hacerlo así. ¿No lo comprende?

—Pero... ¿por qué, Mark?

—Porque de ese modo, cuanto haga Luciana Allasio, pasará desapercibido prácticamente. Se fijarán en mí, centrarán su atención en mí, y dejarán terreno libre a la duda, de cuya intención no sospechan. Soy el cebo, la carnada para que piquen. Debo hacerlo, o la señora Allasio sería descubierta casi inmediatamente.

—Arriesga su vida por... por una mujer. Por la viuda de un hombre asesinado, Mark.

Lambert sintió, fija su mirada en Lou Aherne, inspector de la Oficina Federal de Investigación.

—Ella tiene una pista. Nosotros, no. Mientras se preocupan de nosotros, dejan que ella actué, sin imaginarlo siquiera. Es importante para todos. Si Luciana Allasio obtiene esas pruebas escondidas por Renzo, tendríamos el arma mejor contra el Sindicato portuario.

—Y todo ello podemos alcanzarlo, posiblemente... a costa de su pellejo, Mark.

—Puede ser —suspiró Lambert—. O el de McGill, o el de cualquier otro. Es el riesgo que corremos siempre. Yo me ocupo del caso. Déjeme llevarlo a mi manera, se lo ruego.

—No interferiré en su labor, Mark, pero no me gustaría perderlo —le miró profundamente, a través de sus gafas de montura de metal y vidrios ligeramente oscuros—. Es usted uno de nuestros mejores

agentes.

—Gracias, señor. Procuraré que eso no suceda. Esté seguro de que pondré de mi parte lo que me sea posible para evitar tal cosa. Si, fatalmente, ocurre a pesar de todo... pues será una mala suerte, y nada más. Otros seguirán mi tarea hasta el fin. Y el fin ha de ser solamente uno: acabar con el Sindicato, con la podredumbre en los muelles, con el control de la Mafia y su intervención paulatina e implacable en los asuntos laborales del país...

—Sí, Mark. Eso lo entiendo muy bien. Y elogio su valor, su decisión, su total entrega. Sólo que tengo miedo. Su carnada es demasiado ostensible. Les desafió abiertamente. En cualquier momento puede precipitar sobre usted los acontecimientos y...

Se detuvo. El teléfono sonaba. Se justificó con una leve disculpa. Tomó el teléfono. Escuchó Luego, ceñudo, colgó, tras un comentario seco. Miró a Mark, entrelazando sus dedos con aire perplejo.

—Las cosas se complican, Mark, —dijo—. Han despedido a McGill. Se lió a golpes en el local de Fullmer. Tumbó a un tipo del Sindicato, a Damon Parker. Otro compinche, Rick Marvin, le sacudió con unos nudillos de hierro. Luego, le pegaron una paliza en alguna parte. Está hecho una lástima. Hoy, al ir a trabajar, le notificaron su despido. Pretexto: su afición a la camorra.

—Vaya con McGill... —sonrió Mark, irónico.

—Por el contrario, inspector. Eso es lo que yo esperaba, justamente. Es lo que debía suceder...

—Pues no lo entiendo muy bien...

—Tal vez lo entienda mañana, inspector —puso Mark gesto enigmático—. Ahora, debo volver a los muelles.

—Cuidado. Eso puede significar un grave riesgo...

—Lo es. Pero forma parte del plan. Hay que hacer las cosas como he planeado. De otro modo, todo cuanto estamos llevando a cabo sería perfectamente inútil.

Y levantándose, estrechó la mano del inspector Aherne. Luego, se encaminó a la salida del despacho federal.

De regreso a los muelles de Brooklyn. De regreso, al peligro. Acaso a la muerte.

—No, McGill. No hay acuerdo. No tengo trabajo para ti. Lárgate ya.

—Pero Newrhan, yo necesito ganar dinero... Necesito ese

trabajo..., —imploró McGill, aferrándose al brazo del capataz principal de la Docks Trades Amalgamated, el que diariamente elegía al personal, según los trabajos a hacer, y fijaba los salarios.

—Vete al diablo. Eres un maldito camorrista. Te liaste con dos tipos a puñetazo limpio, sólo porque te pareció bien. No nos gusta esa clase de tipos, McGill. Vete ya. No te daré trabajo alguno. No insistas más. Mi respuesta será siempre la misma.

—Newman, soy algo impulsivo, lo admito —gruñó McGill, con huellas de hinchazón en su rostro, allí donde le golpearan los esbirros de Marvin, una vez inconsciente—. Pero ya me escarmentó aquel individuo de los nudillos de hierro, y los tipos que le ayudaron a ponerme la cara como un mapa. Acepto la derrota, Pero al menos, dadme trabajo.

—No hay trabajo para ti. Lo siento. Pierdes tu tiempo aquí, McGill.

—Vaya... ¿Es que, además de cobarde, ese puerco de los nudillos de hierro es también influyente en los muelles? ¿Algún capitoste, algún mafiosi?...

—Escucha, imbécil —se enfureció Roy Newman, enarbolando un puño—. Yo que tú no diría cosas así. Es muy peligroso andar diciendo lo que no es. Lo único es que no queremos pendencieros. Nadie te ha vetado aquí, excepto tu propia falta de serenidad y juicio. Se terminó la discusión.

—No me asustan los mafiosi, Newman. Como no me asustan los polizontes, aunque sean federales apestosos. Puedo sacudir muy fuerte a cualquiera de ellos. Y ya nadie va a sorprenderme con juguetitos de hierro en la mano. Ni tipos de la Mafia ni polizontes asquerosos.

—¿Quién habla de «polizontes asquerosos»? —preguntó alguien, a espaldas de McGill.

Roy Newman arrugó el ceño. Miró al que preguntaba. Había surgido de entre las pilas de fardos. Le conocía bien. Y no le gustó su presencia allí.

—A mí no me meta en líos, Lambert —dijo al agente federal Mark Lambert—. Es ese bocazas el que dice tonterías, no yo.

—Pero tú las escuchas, Newman —habló Mark fríamente—. Voy a arrestaros a los dos por insultos a la autoridad federal.

—¡No puede hacer eso! —rezongó Newman—. Repentinamente

había palidecido.

—Vaya, parece que te asusta que pueda llevarte otra vez a la Oficina, Newman. Tienes tu ficha tan cargada, que el juez federal te va a meter hasta el cuello en un buen lío. Ni siquiera vuestros cochinos abogados van a sacarte esta vez del laberinto. Andando, Los dos. ¿No es cierto que hablabas mal del FBI, insultando a los policías, en presencia de Roy Newman, amigo?

—Váyase al diablo —masculló McGill—. Yo hablaba mal de ustedes, sí. Pero Newman ni me oía. Estaba cantando y silbando, muy ajeno a mi charla.

—Eso es mentira. No vas a poder jurar eso ante un tribunal.

—Trate de probarlo. Juraré lo que sea.

—Es perjurio. Se castiga con la cárcel.

—Si puede probar que es perjurio. Si no... nada de nada, polizonte —desafió McGill.

—No se meta en un lío tan gordo —suspiro Newman—. Admitiré que escuchaba. No es un delito, Lambert, y usted Jo sabe.

—Seguro que lo sé. Pero el juez está deseando echarle el guante. Eso servirá para tenerte un mes o dos arrestado, sin fianza. Tus antecedentes te hunden, Newman.

—Insisto. Juraré mil veces que Newman no me escuchaba siquiera. Es su palabra contra la mía, federal. Y no tengo antecedentes.

—Los tendrás ahora. A ver, tus documentos. Identifícate.

—Aquí los tiene, federal —se los tiró a la mano, despectivo—. Pero Newman no va a verse en el lío. Sólo yo fui culpable, ¿entiende?

—¿Por qué haces eso por mí? —Gruñó Newman—. No te di ni siquiera trabajo...

—Por tanto, no lo hago por gratitud —rió McGill—. Sólo por fastidiar a estos federales que se creen tan listos.

—Si dices la verdad, te ayudaré. Pero has de acusar a Newman —le avisó Mark—. De otro modo, te hundes tu solito hasta el cuello.

—Adelante. Parece que es el más fuerte, después de todo... —McGill soltó una risita—. En marcha. Y atrévase a llevarse a Newman. Será el mayor resbalón de su vida.

Mark Lambert dudó. No sabía qué hacer, en apariencia. Al final, esposó a McGill. Y dijo aviesamente a Roy Newman:

—Por esta vez, la estúpida obstinación de ese loco te ayuda, Newman. Pero siempre no vas a tener la misma suerte. Te cazaré en algún descuido, estate seguro.

Se alejó, llevándose a McGill consigo. Newman, ceñudo, se rascó la nuca.

—Vaya... El tipo es curioso. Le despido, no le doy más trabajo... y me saca de esto para fastidiar a Lambert... —comentó para sí—. Creo que un tipo fuerte y leal como él puede Interesar...

—Fue muy convincente —rió McGill, ya en la celda de la Oficina Federal, palmeando la espalda de Mark—. Newman se ha creído que soy Papá Noel con facha de estibador.

—Esperemos que esto resulte. Newman ha estado dos veces en prisión por insultos a la autoridad y ofensas graves a la policía y al Gobierno norteamericano. Por eso bastaba con acusarle ahora de eso para causarle un perjuicio, al menos engorroso y molesto. Respiró con mucho alivio cuando te vio dispuesto a sacarle las castañas del fuego, Dave.

—De modo que, según tu plan, ahora puede suceder... que me gane sus simpatías.

—También podemos fracasar, pero tengo esperanzas. El plan resultó bien, todo salió medido, y no hay motivos aún para sentirse pesimistas, McGill.

—De modo que esperas que pase a ser parte de la Mafia de los muelles...

—Exacto. Y si eso sucede, tendremos a un agente nuestro metido entre ellos... y la señora Allasio podrá ser protegida, en caso de máximo riesgo.

—Te preocupa mucho la viuda, ¿no es cierto, Mark? —bromeó Dave, sardónico.

—Es muy atractiva, pero no he pensado en ello del modo que crees —le reprendió Mark—. Sencillamente es una mujer muy valerosa y decidida. Merece que se la ayude.

—Sí, claro... —Había aún un tono zumbón en la voz de McGill—. Bueno, Mark, ahora esperemos la reacción de nuestros amigos de los muelles...

La reacción no se hizo esperar mucho. Al día siguiente, un abogado exigía fijasen la fianza por la libertad de McGill, enterándose de paso de que el joven estibador no tenía antecedentes

penales de ningún género. El juez federal fijó esa fianza en dos mil quinientos dólares. Fueron pagados escrupulosamente, sin una protesta. El abogado, se llevó consigo a Dave McGill, que fingía perfectamente un gran asombro.

Mark Lambert, contemplando la marcha de Dave, dominó su instintiva preocupación por la suerte que pudiese correr su camarada y amigo, y comentó para sí, reflexivo:

—Parece que las cosas marchan tal y como yo había calculado. Al menos, hasta el momento actual...

—Buenas tardes, señorita.

Luciana Allasio giró la cabeza. Respondió suavemente:

—Buenas tardes, señor Skoda... Hasta mañana.

Marko Skoda, el yugoeslavo vecino suyo de mesa en la amplia oficina encristalada del altillo de la Docks Trades Amalgamated, o la

D. T. A.,

como la llamaban comúnmente los estibadores y personal del puerto, en su afán, puramente americano, de abreviar las denominaciones excesivamente largas apelando solo a sus iniciales, se alejó con su inseparable portafolios de piel negra, con cerradura niquelada, hacia la salida del edificio.

La jornada laboral había terminado. Un día más de tarea tocaba a su fin. Era tarde, porque a fin de mes siempre se acumulaba trabajo, y había que preparar las nóminas del personal y todo lo demás.

Luciana Allasio había visto claramente a Mark Lambert cuando visitó la empresa. Él se hizo el ignorante, como si ni siquiera la conociese. Ella se había dado cuenta de eso, y se lo agradecía a Mark. Era un buen amigo. No quería en absoluto complicarle la vida. Sabía que tanto él como ella estaban metidos en un oscuro y feo asunto, nada fácil de resolver. Sabía, también, que cualquier error, cualquier paso falso, podía no sólo comprometer su propósito, sino también su propia seguridad personal. Y su vida...

Luciana cerró las gavetas de su mesa, se puso en pie calmadamente, tomó de un colgador su chaqueta y su bolso, y caminó hacia la salida también, despidiéndose rutinariamente de sus compañeros de oficina.

Estaba lloviznando en Waterfront. Sobre las aguas del East River, el cielo tenía un matiz oscuro, gris espeso. Posiblemente llovería más aún. Luciana se detuvo, ensombrecida. No pudo remediarlo. Evocó lo ocurrido otro día de lluvia, en los muelles. La muerte de su esposo. El asesinato de Renzo Allasio, bajo una grúa que se desprendió, aparentemente en forma accidental.

Caminó bajo los porches de los edificios, o cubriéndose en las marquesinas. Se dirigió al lugar donde iba con cierta frecuencia a almorzar o a tomar café. Al «Astillero». Era el bar restaurante, propiedad de Dick Fullmer, el hombre que perdiera la vista años atrás, en un atentado de la Mafia, como el perpetrado contra Renzo. Sólo que Fullmer vivía, aunque estuviera ciego.

Sabía que en el local de Fullmer podía estar la pista que buscaba. Joey LaMotta, otro de los enemigos del Sindicato, era cliente del «Astillero». Y había sido asesinado. Renzo también acudió a veces por allá. El local era uno de los centros de reunión de los obreros portuarios. No era extraño que alguien, entre los clientes, no fuese tan obrero como parecía. Luciana quería saber quién podía ser ese personaje.

Entró en el local. Había hecho últimamente buena amistad con Cyd, la joven y agradable sobrina de Fullmer. Ella le sonrió desde el mostrador al verla entrar. Momentos después, acudía a limpiar su mesa y hablaba con ella volublemente:

—¿Todavía por aquí? La mayoría de los estibadores se marcharon ya. E incluso los oficinistas de muchas empresas...

—Nosotros hemos tardado en terminar la jornada —suspiró Luciana—. No tengo adonde ir, después de todo. Tomaré algo aquí, mientras espero la hora de cenar...

—Lo que quiera. No creo que la moleste nadie. Ahora ya no tenemos apenas clientes, a estas horas de la tarde, y amenazando lluvia... Bueno, excepto los Amigos del Disco... —terminó, riendo.

—¿Los... qué? —se sorprendió Luciana, levantando la cabeza.

—Los Amigos del Disco —repitió Cyd Fullmer—. Se reúnen siempre abajo, en la sala del sótano, una vez cada quincena. Son maníacos de la música moderna todo del *jazz*. Traen sus propios discos favoritos, utilizan un estéreo que tenemos abajo, y se pasan una hora o dos discutiendo sus excelencias, sin ponerse de acuerdo, y terminando a veces con una disputa que interrumpe la sesión y les

hace salir airados y molestos.

—He visto a veces reuniones así —afirmó Luciana, riendo—. Literatos, músicos, pintores, colombófilos, filatélicos o cualquier otra rara especie. Habitualmente, cada uno tiene el mejor gusto y la pieza más valiosa. Inevitablemente, claro está, terminan a malas. Supongo que armarán bastante ruido entre una cosa y otra.

—Supone bien —suspiró Cyd—. Menos mal que hicimos acolchar la estancia, a petición de ellos mismos, para que su ruido no llegara aquí y molestase a los posibles clientes.

—De modo que eso les aísla un poco del resto de la gente...

—¿Un poco? —Cyd se encogió de hombros. Si no abren la puerta, es posible. Pero en cuanto no la cierran, sus discusiones se oyen en la calle. Menos mal que muchas veces, la música misma las ahoga, sobre todo si hay baterías en la grabación.

Las dos mujeres rieron el comentario. Cyd regresó al mostrador, donde su tío Dick limpiaba vasos y cubiertos con notable pericia para carecer de la facultad de la visión. Su tacto y su sentido de orientación, como el de todos los ciegos, le compensaban sobradamente, en un alarde de precisión y seguridad en sí mismo.

Interiormente, pese a su aire intrascendente, Luciana pensaba. Amigos de Disco... Un reservado a prueba de ruidos en el sótano... Una reunión quincenal... ¿Era todo como realmente parecía, o alguien estaba engañando a los Fullmer tío y sobrina, con un cuento chino bastante plausible?

La idea fija de Luciana, sobre la posibilidad de reuniones habituales de los miembros del Sindicato en los muelles, para adoptar decisiones de emergencia y controlar la situación de los estibadores, sobraba mayor fuerza ahora, con aquella noticia, aparentemente inocente, de la reunión de discófilos en el sótano del «Shipyard». Ni Cyd ni su tío, el invidente Dick Fullmer, podían sospechar nada. Quizás LaMotta sí sospechó o averiguó algo. Acaso Renzo pudo espiar una de esas sesiones de discófilos, que podían ser totalmente falsas, para encubrir algo más censurable, más oscuro y secreto que una vulgar reunión de amigos partidarios de grabaciones musicales...

Sé abrió la puerta del bar en esos momentos. Un hombre joven, musculoso y nervudo, entró en el local. Luciana le había visto en otras ocasiones por allí. Alguien le había mencionado que, a causa

de su belicosidad, había sido despedido de los muelles. Pero en este momento, al entrar en el bar, sus ropas eran nuevas, elegantes y caras. Su apariencia, la de un hombre que ha prosperado extraña y rápidamente, por alguna oculta razón, poco fácil de explicar.

—Hola, amigos —saludó el recién llegado con tono fuerte—. Saludos para todos.

—¡McGill! —exclamó Cyd, gratamente sorprendida, yendo a su encuentro—. ¿Usted por aquí de nuevo? Tenía entendido que había dejado el trabajo por decisión de Roy Newman, el capataz...

—Y así es —sonrió McGill—. Pero sólo para obtener un empleo mejor. Desde ahora, trabajo para Frank Diello, como auxiliar suyo.

—Diello... —Se estremeció Cyd—. ¿El recaudador de los muelles? ¿Ese trabajo va a hacer ahora usted, McGill?

—Claro. Bien pagado, limpio, cómodo... ¿Qué otra cosa puedo pedir que sea mejor? Desde luego, no el estibar fardos, con un garfio y los músculos a tope...

—No, supongo que no es tan rudo. Pero limpio... —Cyd sacudió la cabeza, pesarosa—. ¿Oíste eso, tío? McGill ha vuelto. Le colocaron con Diello.

—Vaya, eso es progresar —silbó entre dientes, rígida su cabeza, Dick Fullmer—. ¿Qué hizo para merecerlo, McGill? ¿Salvó la vida a Frank Costello?

—Nada de eso —rió McGill—. Ni siquiera hice cosa alguna. Recapacitaron, y debieron juzgar que valgo para algo mejor que cargar fardos. Me dieron este empleo.

—Vaya, eso es aún más raro e incomprensible, McGill... —El ciego arrugó el ceño, pensativo sobre algo—. Luego, de repente, indagó: Por cierto, hay algo que quiero preguntarle siempre y termino olvidándolo, McGill. Su voz... me resulta familiar. ¿Nos conocemos de algo, antes de que usted viniera a los muelles?

Dave se quedó rígido, pensativo. Sorprendido e inquieto. Era la pregunta que temía. Había oído hablar de la agudeza auditiva de los ciegos. Y no podía olvidar que, con motivo de la muerte violenta de Joey LaMotta, él cruzó su palabra en alguna ocasión, aunque brevemente, con el testigo sin vista. Ahora procuraba siempre simular su timbre con una tonalidad más aguda y falsa, pero nunca estuvo seguro de tener éxito completo. Ahora se confirmaba ese temor de Dave McGill. Dick Fullmer, con la precisión de los

invidentes, había identificado su voz.

—Oh, puede ser... —arguyó McGill, evasivo, con tono ampuloso—. Estuve muchas veces por estos sitios. En alguno coincidiríamos alguna vez, Fullmer, estoy seguro.

—Sí, yo también —suspiró el invidente—. Tengo una peculiar facilidad para reconocer voces humanas, McGill...

Dave no añadió más, y se alejó del dueño del bar. Podía revelar la verdad, pero no era prudente hacerlo. Tal vez no sólo el hombre a quien la Mafia le quitó la vista, sino otros oídos menos amigos, podían captar el secreto. Y hundirse todo estrepitosamente. Incluida su propia vida.

Cyd le sirvió una cerveza. McGill bebió, pensativo, con la mirada fija en Luciana Allasio, a través del espejo del fondo de la sala. Ella no le conocía, salvo como estibador de la D. T. A.

Pero él sí la conocía bien, por las fotografías proporcionadas por Mark Lambert y sabía bien quién era la viuda de Renzo Allasio, el hombre asesinado en los muelles de Brooklyn, por orden del Sindicato. Una de sus tareas allí, aparte de seguir la pista del Sindicato y de su organización concreta, dentro de la poderosa Docks Trades Amalgamated y sus ramificaciones laborales en los muelles, era precisamente cuidar que a la viuda de Allasio no le ocurriera nada. Porque, evidentemente, los pasos de ella debían ser vigilados muy de cerca por los responsables en el asesinato de Renzo, ya que no se fiarían en absoluto de la viuda, sobre todo habiendo exigido ésta trabajar en las oficinas de la D. T. A.

Lambert temía un doble juego de los pandilleros, y McGill estaba de acuerdo con semejante teoría. Era posible que el Sindicato tuviera tanto o más interés que la viuda y que el FBI en dar con el paradero oculto de las pruebas acumuladas por Renzo Allasio contra alguno o algunos de los principales implicados, desde el poderoso Irving Carrados, hasta la gentuza como Roy Newman.

Parker y Marvin, o Frank Diello, el recaudador general de los muelles a quien ahora tenía McGill que ayudar en su tarea de recaudación de pagos de todos los sometidos al control y condiciones laborales de la Organización.

—¿Preocupado por algo, McGill? —le preguntó Cyd,

inclinándose hacia él, al otro lado del mostrador.

—No debería estarlo —suspiró Dave—. Tengo buen trabajo, jornal triple del anterior..., Cuando cobre mi primera nómina, invitaré a champaña a todos.

—Eso estará bien... Pero aun así, te veo preocupado. ¿Temes que no te guste el trabajo?

—No, no es eso. ¿Por qué no habría degustarme?

—Porque es sucio, McGill.

—¿Cómo? —se sorprendió él, mirándola.

—No me importa lo que te hayan dicho, ni lo que tú pienses de todo eso. Cierto que ganarás mucho dinero. ¿A costa de qué? Del sudor de otros, naturalmente. Les robarás un porcentaje vergonzoso de su sueldo, duramente ganado, para embolsarte tú un sueldo superior, y para que Diello recaude miles, que pasarán al tesoro privado del Sindicato.

—¡Cyd! —fingió escandalizarse McGill. Miró en torno—. Pero... ¿qué estás diciendo, muchacha?, además de ser una imprudencia... no me gusta que hables así de mi trabajo.

—He oído algo en los muelles hoy. Ayudaste al cerdo de Newman, en un jaleo con un federal, con Mark Lamber. Esa rata no merecía ayuda, pero tú se la facilitaste. Y ahora te pagan con un nuevo empleo. Las ratas parece que son agradecidas. Pero eso es todo, McGill. Manejan dinero ajeno, expolian a otros, para ganarse adictos como tú. Sinceramente, me has defraudado, Joey nunca hubiera hecho una cosa así contra sus compañeros. Pero claro, a él lo asesinaron justamente por eso. Por ser honrado.

Se apartó, acongojada, de él. McGill se quedó rígido, como si todo aquello le hubiera sorprendido e irritado mucho. Su ojeada al espejo le probó que ella, Luciana Allasio, no había perdido detalle de la escena. Su modo de mirarle a él, fue despectivo.

—No haga caso a Cyd —sonó la voz del ciego, cerca de él—. Fullmer se había aproximado a él, limpiando vasos. Sonrió el invidente, para añadir: —Es muy impulsiva, McGill, eso es todo. No lo tome en cuenta. Amaba mucho a Joey y al perderlo... siente odio contra el Sindicato.

—Aun así, Fullmer, su sobrina no habla discretamente. Si yo refiriese todo esto a alguien, podría tener un serio disgusto la muchacha, por hablar demasiado.

—Cuidado, McGill —avisó fríamente Fullmer—. No tengo ojos, pero soy muy capaz de matar a cualquiera que intente hacer daño a Cyd, aunque sea del Sindicato. No temo a nadie. De modo que es mejor que, aunque ella hablase de más, usted no repita eso absolutamente a nadie, McGill.

—No tema —fingió sentirse impresionado, aunque lo cierto era que el tono del ciego impresionaría a cualquiera. Y su afirmación de que podía matar, llegado el caso, por salvar a su sobrina de los hampones del Sindicato, no sonaba desde luego a simple presunción—. No dije que fuese a repetir lo que ella habló, Fullmer. Está ya olvidado...

—Mejor así —sonrió sibilino Dick Fullmer, con sus ojos opacos perdidos en el vacío—, mucho mejor, McGill...

Se alejó, con paso firme, resuelto. McGill le contempló con simpatía. Una simpatía que el ciego no podía advertir. Le gustaba que Fullmer no se dejara impresionar por los del Sindicato. Era prueba de su entereza y de su energía para afrontar cualquier problema.

Dave se sentó en una mesa, con su cerveza, aparentando estar contrariado. Cyd no le dirigió ya ni una sola mirada. Luciana, tampoco, pendiente de la llegada de los Amigos del Disco, para su reunión quincenal.

Pero McGill se marchó antes de que nadie hubiera aparecido en el local de Fullmer. Era ya noche cerrada y llovía con cierta fuerza en el exterior. Luciana escudriñó la calle, a través de la ventana, alzando la cortina de la misma, para ver mejor a través de la intensa lluvia.

Le sorprendió ver detenidos tres automóviles ante el bar. De ellos descendieron varios hombres vestidos con impermeables, portando unos envoltorios cuadrangulares, y les vio entrar en el edificio, por la puerta inmediata al bar. Luciana, resueltamente, se puso en pie. Avanzó hasta la puerta del bar, la abrió, y se asomó al exterior, donde una fresca bocanada de aire húmedo y una ráfaga de lluvia, la recibieron desapaciblemente. Vio perderse a los últimos miembros del grupo, en la puerta del edificio, inmediata al bar de Fullmer. Regresó al interior, con aparente indiferencia. Cyd la miró desde el mostrador.

—¿Ocurre algo? —indagó la sobrina del ciego.

—Oh, nada... —Luciana hizo un gesto de indiferencia—. Vi venir gente, y creí reconocer a un hombre entre los demás... No entraban en el bar si no en la puerta inmediata.

—Ah, sí, son ellos.

—¿Ellos?

—Los Amigos del Disco. El sótano tiene acceso por el bar y por el vestíbulo de la casa inmediata. Ellos tienen una llave de ese sótano, que saben está libre y a su disposición en las fechas concretas en que se reúnen, ya que así se efectuó el compromiso. No tienen necesidad de pasar por aquí. Algunos son gente conocida, y les molesta dejarse ver en sus ratos de ocio.

—Sí, entiendo. —Luciana Allasio regresó a su mesa. Poco después, percibía pasos y golpes bajo el suelo del bar, a sus pies. Más tarde, un estruendo de música de *jazz* lo borraba todo por completo, para ser el único sonido dominante que se filtraba por el entarimado del establecimiento.

Luciana seguía meditando. Y pensando en lo que podría hacer para comprobar, sin lugar a dudas, si aquella de allí abajo era realmente una reunión de discófilos... u otra cosa muy diferente.

Quedándose allí, nunca lo comprobaría. De modo que, aprovechando un momento en el que ni Fullmer ni su sobrina estaban tras el mostrador, se puso en pie y abandonó el establecimiento con aire parsimonioso.

Rápidamente, sin embargo, al pisar la cera empapada de lluvia, se hundió en el portal inmediato, cuyas sombras la engulleron.

CAPÍTULO VI

MARK Lambert descolgó el teléfono.

Era la línea privada, el número estrictamente secreto de la Oficina Federal, sólo conocido por agentes.

—¿Qué hay? —preguntó Mark—. Habla Lambert.

—Mark, soy yo. McGill.

—¡Dave! No creí que llamasess todavía. ¿Cómo va todo?

—Sin novedad. Pero interesa que conozcas pronto lo que sucede aquí.

—Adelante. También tengo algo para ti, muy importante. Pero habla tú primero, Dave.

—Se trata de Frank Diello. Es el recaudador general de los muelles que controla la

D. T. A.

Hay obrero o especialista que paga de cotización al Sindicato, hasta un cuarenta y tres por ciento de su sueldo diario, como contribución por tener trabajo. Son rebeldes que tuvieron que volver, forzados por el hambre, y que han sido castigados con ese tributo. Lo pagan sin rechistar. He visto a dos o tres lisiados. Son de los que volvieron a negarse.

—Entiendo. Es vergonzoso. La eterna historia de infamia y de cobardía... ¿Algo más?

—Sí, Andan preocupados. Se rumorea que Renzo Allasio poseía pruebas muy importantes contra el Sindicato. Pruebas que no aparecieron jamás. Las están buscando por todas partes.

—Lo sé. Es buena cosa que aún no hayan aparecido. No quisiera que ellos las encontrasen antes que nosotros, Dave.

—Aún no se fían mucho de mí. No conozco sino a Diello y a Newman. Los demás siguen aún ocultos. Pero dicen que

posiblemente termine por ingresar en el Sindicato. Ya entiendes...

—Claro. Ahora, escucha esto, Dave: Luciana Allasio ha descubierto algo.

—¿De veras? Ayer estaba en el bar de Fullmer...

—Allí es donde lo descubrió. Una reunión quincenal en el sótano. Los Amigos del Disco.

—¿Y eso qué tiene que ver en todo esto, Mark?

—Parece que hay algo raro en esa reunión. Entran en el edificio por la puerta vecina al local de Fullmer. Van directamente al sótano, con llave propia. Se reúnen dos veces al mes. Se escuchan sus discos, puestos a considerable potencia, pese a que el sótano está con los muros y techo dotados de un acolchado especial antiruidos. Pero Luciana está segura de que, entre la música, se escapaban voces hablando en una reunión, gente que no hacia el menor caso a la música, y que ésta solamente servía para ahogar el sonido de sus voces, impidiendo que cualquiera pudiese captar lo que conversaban.

—¿Cómo supo eso la esposa de Renzo Allasio?

—Bajó al sótano en plena reunión. Escuchó junto a la puerta y captó todo eso. Pero, ciertamente, no pudo sorprender palabra alguna, salvo el murmullo constante de voces. En un momento en que terminó una grabación y hubo una pausa, enmudecieron las voces totalmente.

Al volver a funcionar un disco de *jazz*, el murmullo de voces se reanudó nuevamente. Pero de la misma forma: sin que se pudiera identificar lo que decían concretamente.

—Entiendo. ¿Te informó ella directamente, Mark?

—Sí. Telefoné para explicarme todo eso. Está dispuesta a volver en la próxima reunión, dentro de dos semanas. Le dije que habría uno de nosotros protegiéndola de cualquier peligro, cuando comprobé que no podía disuadirla de tal decisión. De modo, Dave, que tendrás que ocuparte tú de eso. Ya que estás dentro del Sindicato, procura averiguar algo sobre los Amigos del Disco. Con suma cautela, desde luego. Cualquier error sería fatal, tú lo sabes. Si es cierto que la reunión de discófilos es un pretexto, y se trata de asambleas especiales del Sindicato, procura asistir a ella o estar cerca ese día. Si te fuera posible entrar en el sótano sitúa un magnetófono pequeño y altamente sensible, que capte lo que allí se

diga. En fin, haz lo que sea para que sorprendamos lo que allí se diga. Y, sobre todo, cuida de la viuda de Allasio. Está dispuesta a llegar adonde llegó su marido, y así encontrar las pruebas que supone están ocultas. Yo, entre tanto, me ocuparé de deambular por ahí, esperando cualquier fallo, cualquier paso en falso dado por esa gente...

—Conforme, Mark. Se hará como dices. Tengo buena amistad con Cyd, aunque el hecho de haber entrado en el Sindicato la enemistó conmigo. Si puedo convencerla, quizás visite el sótano y pueda situar allí un magnetófono diminuto y sensible.

—Bien, Dave. Hasta siempre. Si algo nuevo sucede, informa con urgencia. Nos veremos por los muelles. Y recuerda: siempre portándonos como los peores enemigos del mundo...

—No tienes que recordármelo —rió Dave McGill—. Eres mi más odiado enemigo, Mark...

Y colgó con una suave, divertida carcajada.

Una vez terminada la charla, también Mark rió entre dientes, pero con gesto grave, preocupado. El mismo que, poco después, mostraba en su reunión con el inspector federal Lou Aherne, en la cafetería del edificio federal, donde se hallaban ellos solos, en una mesa apartada, sin querer ser oídos ni siquiera por el personal de hostelería del establecimiento. Había que extremar todas las prevenciones. No sería la primera vez que la Organización introdujese clandestinamente a un miembro suyo incluso dentro del edificio del FBI, bajo la personalidad de un vulgar funcionario.

—De modo que cree estar sobre la pista, Mark —suspiró Aherne, con escepticismo, tras apurar su taza de café.

—Es ella la que tiene esa pista, señor. La viuda Allasio. Ella conocía bien a su esposo. Puede imaginar, llegado el momento, lo que Renzo hubiera hecho, de encontrarse en dificultades y querer ocultar unas pruebas importantes. Nosotros caminamos a ciegas.

—¿Y ella no?

—Ella está viviendo ahora en los mismos lugares en que vivía su marido. La vigilarán, estoy seguro, porque no pueden fiarse de la viuda de un hombre al que ellos asesinaron, pese a que Luciana Allasio finge muy bien su frío conformismo. Pero la Organización no está formada por estúpidos ni por ingenuos. No se fiarán de ella en absoluto. Para eso está McGill, que ninguna relación guarda con

nosotros en apariencia, ni tampoco con ella.

La viuda Allasio no conoce a McGill. De modo que no necesita fingir. Para ella, es un enemigo más. McGill parece haberles convencido de su enemistad con el FBI y con la policía, aunque en eso tampoco debemos fiarnos, y si en cambio vigilar que no cometa un error por exceso de confianza, o que ellos descubriesen su identidad real, lo cual sería funesto para él. Y quizás para todos...

—¿Qué espera conseguir, entonces?

—En primer lugar, las pruebas de Renzo Allasio contra el Sindicato. En segundo lugar, quizás los nombres de los principales dirigentes de la Organización, como Irving Carrados y otros magnates, metidos a financiar la Mafia en nuestro país, con sus mil ramificaciones diversas, desde los grandes negocios hasta el mundo laboral, pasando por el vicio, la degeneración, las apuestas y cuánto abarcan ellos en el racket, desde que la Cosa Nostra, la Omertà o como quiera llamársele, se instaló poderosamente entre nosotros, afincándose en los Estados Unidos. Y en tercer lugar, los lugares donde forman sus asambleas, donde se reúnen y siguen proyectando delitos, dirigiendo el control de sus actividades diversas, y recopilando beneficios de otros delitos anteriores.

—Es algo muy ambicioso lo que proyecta alcanzar, Mark. Demasiado para un hombre solo. Llevamos décadas enteras detrás de eso, y nada se ha conseguido aún. ¿Cree que esta vez va a ser diferente?

—No creo nada, pero tiene que obtenerse algo, por poco que sea. Y si cada uno alcanzamos un objetivo, debilitaremos al monstruo de mil cabezas y un millón de tentáculos, y algún día, en el futuro, podremos descargar el golpe decisivo contra la Mafia y el Imperio del Crimen.

—No sabe lo que me gustaría que eso llegara a suceder. Pero todavía son ellos los más fuertes. Nuestra legislación, desgraciadamente, está hecha para proteger al ciudadano honrado, pero sirve más de escudo a los delincuentes, que se agarran a cada una de sus leyes, para volverla a su favor, con la habilidad y la astucia del ejército de buenos abogados que pueden pagarse.

—No hay abogado que libre a un hombre de la silla eléctrica o de la prisión por toda su vida, si existen pruebas contundentes de robos, delitos diversos, homicidios y corrupción. Lo peor es que

nunca ha habido tal clase de pruebas en poder de la Ley.

—Y esta vez, tampoco —suspiró el inspector Aherne, cansadamente—. Allasio parece que las obtuvo de algún modo, conforme. Pero ¿adónde fueron a parar, Lambert? Joey LaMotta sabía algo y estaba dispuesto a decirlo, a ser testigo contra la Organización. ¿Y qué sucedió? Le mataron brutalmente, y lo único que nos quedó fue un testigo ciego, incapaz de hablar y de acusar a nadie. Dick Fullmer, que podrá ser nuestro mejor auxiliar, al menos para acusar formalmente al asesino de LaMotta, no puede hacer nada. ¿Por qué? Precisamente porque la propia Mafia le quitó el don de la vista, en otro supuesto «accidente», del que fue culpable un tal Brady Nichols, un miembro del Sindicato, que poco más tarde murió, sin haber admitido siquiera jamás su culpabilidad en el atentado contra Fullmer. Por entonces, Fullmer era un hombre independiente, combativo y duro. ¿Qué ganó con ello? Perder sus ojos, y vivir ahora arrastrando su oscuridad eterna, sin poder hacer nada contra los que tanto mal le causaron.

—Inspector, usted ha mencionado nuevamente el caso de Joey LaMotta... —reflexionó Mark.

—Un crimen cometido muy pocos días antes de ser asesinado también Allasio. Creo que no hemos sabido encontrar entre ambos hechos una relación directa, cuando es posible que la tenga.

—Mucha gente muere violentamente en los muelles; y sólo existe un factor común en sus muertes; el Sindicato —pero en este caso, quizás no sólo esté ahí el factor común. Conforme en que el Sindicato ordenó ambas ejecuciones, pero ¿por qué? Joey sabía algo e iba a hablar. Le taparon la boca para siempre. Renzo Allasio había reunido evidencias y quería entregarlas al FBI. También fue eliminado. Ahora, pensemos que ambos casos puedan estar relacionados entre sí, inspector Aherne.

—¿Adónde quiere ir a parar, Mark?

—A esto, señor: ambos trabajaban para la Docks Trades Amalgamated, que sabemos es una entidad bajo control absoluto del Sindicato. El que mató a Joey LaMotta era asmático, según declaración de Fullmer. También era zurdo, según el forense. Skoda, un yugoeslavo amigo de LaMotta, trabaja también en la

D. T. A.

Junto a Luciana Allasio, casualmente. Pero... ¿es casual? ¿O no?

—¿Qué quiere decir?

—Skoda puede vigilar a Luciana Allasio. En cuyo caso, Skoda puede ser hombre de confianza del Sindicato. Es asmático. No sé si es zurdo, pero se puede comprobar. No sé si llevaba zapatos nuevos el día del crimen, pero también se investigará eso debidamente. Supongamos que LaMotta y Renzo trabajaban juntos en algo, con un común deseo: desenmascarar a la

D. T. A.,

a su gerente, Happy Hammond, a su Presidente, Irving Carrados, y a quienes les sirvan de cómplices o de asociados en los muelles. Supongamos que LaMotta, que a veces hablaba demasiado, cometió una fatal indiscreción que le costó la vida y que, en cierto modo, comprometió a Allasio. Éste, contra reloj, intentó terminar el asunto, reunir todo lo obtenido y venir a vernos con esas pruebas, que iba ocultando a la espera del momento oportuno para entrar en acción. Pero ya era tarde. El Sindicato alertado por LaMotta, cayó sobre Allasio y le destruyó definitivamente. Sólo que no dieron aún con esas pruebas, y están luchando por conseguirlo, sea como sea. Ésa es, a mi juicio, la auténtica situación del caso.

—De donde se deduce, Mark...

—De donde se deduce, inspector, que hemos dado demasiada importancia al caso Allasio, olvidando el suceso que, posiblemente, marcó el principio de todo, y que puede ser el que nos lleve, realmente, hasta el fondo del asunto: la muerte de Joey LaMotta en los muelles, víctima del golpe mortal de un garfio de estibador.

—Señora Skoda, ¿su esposo padece de asma? Ana Skoda le contempló, con una mezcla de temor y sobresalto. Sacudió la cabeza, mientras recogía las publicaciones y los cartones de cigarrillos, para cerrar su pequeño establecimiento de 1260 de Prospect Way, en Brooklyn.

—¿Por... por qué pregunta eso, señor Lambert? No le entiendo...

—No importa que me entienda o no. Le hice una pregunta por simple curiosidad: ¿sufre de asma su marido? ¿Sí o no? Si se niega a responder, puedo averiguarlo por su médico, o puedo exigir que le hagan una revisión médica urgente. Elija usted misma, señora.

—Está bien —suspiró, asintiendo—. Sí, padece algo de asma, pero ¿a qué viene eso, señor Lambert? Cuando le he visto llegar,

creí que volvía para preguntarme por ese pobre chico, por Joey, no por mi esposo. Y menos sobre esa cuestión...

—Pues no hice sino empezar. Le voy a hacer otras preguntas más raras todavía. Espero me dé una respuesta exacta. ¿Su marido es zurdo?

—¿Zurdo? —Ella enarcó las cejas, sorprendida—. ¿Marko? Oh, no, no... Nunca usa la mano izquierda, que yo sepa...

—¿Seguro?

—Completamente, señor Lambert —se irguió ella—. Creo que puedo saberlo mejor que nadie. Además, usted mismo puede comprobar eso sin dificultad.

—Podría ser... ambidextro. Entonces, usaría con igual eficacia una mano que otra.

—No, no. Le repito que Marko nunca usa ambas manos.

—¿Lleva calzado nuevo tal vez?

—¿Cómo? —se asombró ella, mirándole con ojos muy abiertos.

—Calzado nuevo, señora Skoda. Me refiero si compró recientemente un par de zapatos. Es importante que no me engañe en eso. No ganaría nada con ello.

—No tiene sentido que pregunte eso... pero le contestaré. Sí, se compró unos zapatos hace poco tiempo. Justamente la víspera de morir el pobre Joey, lo recuerdo muy bien, porque es el día que salimos de compras. Pero ¿qué significa todo eso, señor Lambert? ¿Tiene sentido lo que me está preguntando?

—Tal vez más del que parece, señora —suspiró Mark, despacio—. Lo único que no encaja es lo relativo a la mano izquierda. Pero lo demás... es exacto. Gracias por todo, y perdone.

Se alejó, subiendo a un automóvil que arrancó rápidamente. Tras un momento de duda, la señora Skoda entró en su pequeño establecimiento, echó el cierre, y descolgó el teléfono. Marcó un número.

Luego, cuando alguien se puso al aparato, pidió con inquietud:

—¿Docks Trades Amalgamated? Con el señor Marko Skoda, por favor. De su esposa. Es urgente, sí...

Mark Lambert contempló la larga fachada de rojo ladrillo y piedra gris. Las grandes letras, sobre su azotea, se encendían en fluorescente rojo y verde, al caer la tarde:

DOCKS TRADES AMALGAMATED

Enfrente, la humedad de las calles de Waterfront, los viejos edificios del barrio portuario de Brooklyn, las azoteas con palomares, las antenas de televisión, los viejos pararrayos, y algo más allá, el sucio East River, las barcazas y remolcadores, los puentes de Brooklyn y Manhattan, como dos inmensas guirnalda de luces colgantes en la penumbra del atardecer, y al fondo, como escenografía rutilante e increíble, Manhattan y su silueta en negro de impresionantes rascacielos, tachonados con las miríadas de luces de sus ventanas.

Salían los empleados del edificio, en riada humana hacia los autobuses, los coches particulares o los negro de impresionantes rascacielos, tachonados con las miradas de luces de sus ventanas, de carga, descarga, cabo; tajes y entrada y salida de mercancías de todo Brooklyn, que era como decir de todo Nueva York.

Mark Lambert vio a Luciana Allasio entre ellos. Caminaba con su paso breve, ligero, y se dirigió hacia el interior de Brooklyn. En dirección al «Shipyard *Snack Bar*» de Dick Fullmer, sin la menor duda. Obstinada, tras la pista de su esposo, que también de Fullmer, igual que Joey LaMotta... Igual que muchos miembros del Sindicato, como Roy Newman, el capataz de la

D. T. A.,

o los esbirros Parker y Marvin, matones de la Organización. Y tantos otros, situados a uno y otro lado de la divisoria entre los trabajadores sometidos por el terror o por el espectro temible del paro, la miseria y el hambre, y los servidores fríos y despiadados de la Organización.

Mark dejó perderse a la viuda, camino de la cantina-restaurant de Fullmer. La hubiera seguido de buen agrado, pero no lo hizo. En vez de eso, esperó. Esperó a que saliera Marko Skoda, el yugoeslavo que fuera amigo de Joey LaMotta. Amigo... y acaso verdugo.

Le vigiló a distancia. Llevaba un ejemplar del Tribune bajo su brazo derecho, y un plano maletín-portafolios, de aluminio forrado, en su mano izquierda. Todo normal. Nada hacía suponer que fuese zurdo, ni siquiera que ocultase tal defecto. Se detuvo ante una máquina automática de bebidas refrescantes, y tiró una moneda. Utilizó la mano derecha. Y también con la derecha, recogió el envase plástico con el refresco. Lo tomó tirando el vaso encerado a un recipiente. Luego, emprendió la marcha, a buena zancada,

rumbo a Prospect Way, en el propio Brooklyn, y en dirección opuesta a la emprendida por Luciana Allasio para ir al bar de Fullmer.

Mark le siguió, moviendo su automóvil lenta, muy lentamente, pegado a la acera opuesta, en pos del yugoeslavo. Observó su zancada. Era larga, brusca. Se preguntó se crujirían sus zapatos. Skoda, aunque no muy alto ni grueso, era nervudo, Enjuto, musculoso, fibroso de aspecto. Podía ser fuerte. Todo coincidía. Dick Fullmer, después de todo, no había sido un mal testigo, pese a su ceguera. Coincidían los hechos en Skoda. Demasiado, incluso. No era fácil que se dieran tantas coincidencias. O él descargó el golpe sobre la sien de Joey LaMotta... o estaba presente cuando ocurrió, y escapó luego, en compañía del asesino...

Mark Lamber redujo la velocidad más aún. Llegaba a la esquina de Prospect Way. Había cuatro o cinco manzanas hasta la vivienda de Skoda. Éste iba a cambiar de acera, cruzar la amplia calzada, y caminar hasta su casa. Esperó a que iniciase la maniobra. Skoda bajó de la acera. Comenzó a cruzar, cuando el semáforo cambió a verde para los peatones, entre las rayas amarillas.

Entonces sucedió.

Y Mark no pudo evitarlo. Nadie pudo hacerlo.

Los coches se habían detenido, respetando naturalmente las señales. Pero uno de ellos no lo hizo. Aceleró, en vez de frenar. Se precipitó a través de las franjas amarillas, salvando el paso de peatones a velocidad de bolido, chirriando sus neumáticos agudamente sobre el asfalto.

Marko Skoda lo vio venir. Lo vio, pero fue todo cuanto pudo hacer. Giró la cabeza, con sobresalto, al oír algunos gritos de horror en la gente, y captar el zumbido amenazador de aquel automóvil, un poderoso Chevrolet lanzado como una catapulta, posiblemente con el pie del conductor clavado virtualmente en el acelerador.

—¡Cuidado! —aulló Mark, asomando desesperado por la ventanilla. ¡Skoda...!

Quizás ni siquiera llegó a oírle el yugoeslavo. Ya tenía encima al Chevrolet negro, que le arrolló con la misma facilidad que si fuese un perrillo interpuesto súbitamente en su camino. No maniobró, no viró, no hizo absolutamente nada para evitar el impacto, por impedir que la proa de su automóvil golpease a Skoda, le abatiese

bajo las ruedas, y que éstas pasaran con mortal precisión matemática, por encima de su cabeza y cuerpo. Crujieron los huesos, quebrados por el atropello. Cuando el Chevrolet hubo rebasado el cuerpo de Skoda, éste era un pelele aplastado, sangrante, informe, irreconocible casi, con su periódico y su maletín cubierto de roja sangre brillante.

Mark palideció intensamente. La gente corrió precipitadamente, a rodear el cuerpo. Los claxons sonaron, emitiendo agudos sonidos de alarma. El Chevrolet no se detuvo ni un instante, ni vaciló tras el terrible suceso, que había dejado lleno de salpicaduras de sangre su radiador y su guardabarros. Mantuvo su velocidad inicial, buscando la fuga en una esquina inmediata, donde viró, derribando con su guardabarros a un motociclista, que rodó hasta la acera, doblada lastimosamente su máquina, y se perdió, rugiente, por la calle escogida.

Mark aceleró a su vez, pasando como una centella el paso de peatones. Sabía que era inútil entretenerse junto a Skoda. Nadie sobrevive a un atropello semejante. Nadie puede salvar su cráneo, arrollado por un neumático. Especialmente, cuando el atropello está calculado, medido previamente en sus menores detalles.

Al arrancar Mark hacia la calle por donde huyera el Chevrolet, una furgoneta aparcada se puso inoportunamente en marcha, empezando a bloquear como por casualidad la entrada a la calle. El federal lo advirtió rápidamente, Pisó con rabia el acelerador, y su coche, a la vez que describía, un viraje impresionante, salvando el bordillo de la acera y corriendo unos metros por ésta, logró penetrar en la calle, rozando violentamente el radiador de la furgoneta, y logrando pasarla limpiamente. La furgoneta frenó en seco, burlada por la audaz maniobra de Mark, que volvió su coche a la calzada, y miró atrás, viendo huir de la cabina del vehículo a un hombre con «mono» azul y gorra. No se ocupó de él. Era un compinche del asesino de Skoda, evidentemente. Pero no quería entretenerse con él, sino buscar al asesino del volante.

Su automóvil no era tan poderoso como el Chevrolet contrario, pero lo mantenía a toda velocidad, haciendo sonar incansablemente la ululante sirena policial de que todos los coches oficiales del FBI disfrutaban para casos de emergencia real, como era aquél. Los coches se detenían, los semáforos en rojo no significaban nada, y

Mark Lambert siguió ganando terreno, ya que, pese a no respetar tampoco señal ni cruce alguno, el Chevrolet negro iba salvando choques y accidentes por puro milagro, pero a veces tenía que reducir su velocidad para no empotrarse contra algún camión comercial de las zonas portuarias, o para evitar una colisión fatal con otros vehículos detenidos o en cruce.

Mark se halló finalmente frente a la parte posterior del Chevrolet. Por si hubiera alguna duda, de éste brotaron fogonazos y estampidos de arma de fuego. Las balas silbaron junto a Mark. Una formó una grieta súbita y crujiente en un lado del parabrisas. Otra, maulló al rebotar en la carrocería.

Aceleró más aún Mark Lambert. Desenfundó su automática reglamentaria, mientras conducía con una sola mano. Hizo fuego sobre el Chevrolet cuando éste iniciaba un audaz viraje hacia otra esquina.

Procuró disparar sobre seguro, evitando que se cruzase cualquier coche o peatón en la trayectoria de sus balas. No tiró al conductor, sino al suelo, al asfalto en apariencia. En realidad, fue a los neumáticos del automóvil asesino.

Mark era un tirador de primera fila. Cualquier federal lo era, pero él había obtenido una inmejorable puntuación en Quantico cuando era solamente un aspirante a agente especial del FBI.

Dos de sus balas penetraron en un neumático delantero del Chevrolet. Éste describía entonces la curva para entrar en la calle transversal. La maniobra falló por el súbito deshinchamiento de la rueda. Saltó a la acera. Chirriaron los frenos, luego bailoteó el coche, como un animal encabritado, cuando su conductor quiso controlarlo y evitar el desastre.

El automóvil se estrelló de forma inevitable contra el muro. Ni siquiera llegó a reducir gran cosa la velocidad cuando eso ocurrió. Y el resultado fue terrible.

El Chevrolet se arrugó como si estuviera hecho de papel. Se desgarró increíblemente, su morro formó pliegues, sus puertas se hundieron, abollaron y desgajaron, y a la vez, un chisporroteo y una llamarada brotaron del automóvil. La batería había incendiado el combustible.

Empezó a arder violentamente. Dentro, un cuerpo abatido, empotrado entre el volante y el asiento, era como un muñeco

inerte, que rodeaban las llamas. Mark frenó, quiso correr hacia el coche, pero un policía le apartó rápidamente, con energía.

—¡No, no se acerque! —aulló—. ¡No se acerque nadie! ¡Va a estallar!

Era cierto. La gente huía, desalojando una zona que, por fortuna, no era demasiado populosa ni rica en establecimientos y locales habitados. En su mayoría, los edificios circundantes eran factorías, talleres y almacenes portuarios.

En la zona desalojada, sin vehículos y sin gente, estalló de súbito el Chevrolet negro, con su conductor dentro, posiblemente muerto ya al chocar, empotrado el volante en su cuerpo. Una bola de fuego, que después se tornó en chisporroteantes, negruzcos restos de metal retorcido. El drama había terminado. Un asesino había pagado con la vida su crimen reciente en la persona de Marko Skoda, el yugoeslavo.

CAPÍTULO VII

—**D**E modo que usted, señora Skoda... llamó a las oficinas de la Docks Trades Amalgamated. ¿No es cierto?

—Sí, lo es. Llamé allí, señor Lambert... —Los ojos arrasaos de llanto se alzaron hasta él—. Le hablé de su visita, de... sus preguntas...

—Con eso firmó usted su sentencia de muerte, ¿no lo comprende?

—¿Yo? Dios mío, no... ¿Por qué había de hacerlo? —¿Por qué dice eso?

—Señora Skoda, usted no es culpable de lo que le ocurrió a su esposo. Quizás le hubieran matado de igual modo, pero yo hubiese podido hablar con él, tratar de saber su papel en todo lo ocurrido. Sin embargo, al llamar allí, precipitó los acontecimientos.

—Pero... ¿cómo? ¿Y por qué, señor Lambert? —gimió ella, desesperada.

—Porque alguien escuchó su conversación con su esposo. Supo que yo estaba sobre una pista, y resolvieron eliminarle para que no se entrevistara conmigo. Es obvio que él sabía algo, que ocultaba alguna cosa, por miedo a represalias o cosas así. No le culpo por ello. Hay mucha gente que tiene miedo en los muelles. Su marido no y silenciaban para siempre al que, sin duda fue testigo del crimen cometido en el muelle. Skoda estaba presente al morir, LaMotta, estoy seguro.

—Cielos, no..., No puede ser..., Él nunca me dijo tal cosa No sabía nada...

—Tal vez ni siquiera con usted se llegó a sincerar, señora. Por miedo. Sobre todo, miedo a que usted fuera complicada por la Mafia en todo el conflicto. Pero es evidente que algo sabía. Y que

por alguna razón, aunque él no matase a Joey. Estuvo presente en su ejecución en los muelles.

—No puede ser... —insistió ella, plañidera, retorciendo sus manos con dolor—. Marko no hubiera soportado una cosa así...

—Muchas veces hay que soportar cosas que nos repugnan y horrorizan, sobre todo cuando se nos imponen por el terror. No la molesto más, señora. Lamento de verdad lo ocurrido. Sólo pude hacer algo por su marido aunque desgraciadamente eso no le devuelva la vida: abatir a su asesino. Aunque hubiera preferido cogerle con vida, para que hablase... si es que hablaba. Adiós, señora Skoda.

La dejó, sollozando en la capilla católica de Brooklyn, en los funerales por su marido. Regresó a la calle, bajo el nuboso día desapacible. Respiró con fuerza.

Estaba como antes. Sin camino a seguir. Nuevamente se rompían las pistas. Y siempre en torno al asunto LaMotta, que debía de ser mucho más importante de lo que en principio pareció.

Porque quizás el asesinato de Joey LaMotta era el medio directo para llegar hasta el de Renzo Allasio. Y hasta el Sindicato y sus dirigentes más poderosos...

Mark subió a su automóvil. Se alejó a marcha lenta, sin abandonar Brooklyn.

Iba a visitar el bar y cantina de Dick Fullmer. Tal vez el testigo ciego podría aún serle de alguna ayuda en aquel endemoniado asunto de los muelles.

—¿Recordarle, Lambert? Cielos, claro que le recuerdo... —Oprimió su mano con calor, con aquella sonrisa vaga, incierta, que los ciegos ponen al hablar con alguien, mirando a un punto cualquiera, en el vacío—. Le recuerdo muy bien. ¿A qué se debe su presencia aquí?

—Estoy investigando aún, Fullmer.

—¿Lo de Joey LaMotta? —Se puso serio el semblante del propietario del bar.

—Exacto, sí. Creí haber encontrado al hombre, al asesino de Joey. Asmático, zapatos nuevos, larga zancada...

—¿Y lo perdió?

—Definitivamente, sí. Le mataron en plena calle.

—Oh, ya entiendo... —El gesto del invidente reveló astucia,

comprensión—. La radio ha hablado de él... De Marko Skoda, un yugoeslavo compañero de trabajo de LaMotta...

—Exacto. Le arrollaron intencionadamente. Yo eliminé a su asesino, pero eso fué todo.

—Skoda... Le conocía ligeramente, sí.

—¿Cliente suyo, Fullmer?

—Oh, muy poco —hizo un ademán expresivo—. De tarde en tarde venía por aquí... Eh, espere. Sí, es cierto, padecía algo de asma, pero nunca lo relacioné con... con Joey.

—Pues fue su asesino. O testigo del crimen, junto al criminal.

—¿Dos personas? —Fullmer arrugó el ceño. Sacudió la cabeza, negativamente—. Yo sólo capté la presencia de una persona. La que escapó... A no ser que el criminal se quedara quieto, sin hacer ruido. Pero aun así, hubiese intuido algo. Sólo la respiración bastaría para que yo me diera cuenta de la presencia de un ser humano. Y no fue así.

—Entonces, él mató a LaMotta. Aunque no es zurdo...

—¿Zurdo? —El ciego torció la cabeza a un lado—. ¿Quién dijo que el asesino era zurdo?

—El forense. Usted no podía saber eso, pero él sí. Puede que Skoda fuese ambidextro, pero su esposa lo desconocía por completo, y ese detalle resulta sospechoso... No se puede ocultar tan perfectamente, a ojos de una esposa, cierta habilidad con la mano izquierda.

—Entonces, quizás sea cierto que había dos personas —suspiró Fullmer—. Si fue así, confieso mi fracaso como testigo. Jamás lo hubiera sospechado.

—De cualquier manera, hay algo raro en el asunto, Fullmer. Usted me inspira confianza como testigo, pese a sus ojos que no ven. O quizás precisamente por eso mismo. Su oído es supersensible. Tiene, por tanto, que haber una explicación plausible. La buscaré..., Bien, dejemos eso. Quería saber si Skoda era cliente suyo. Ahora ya sé que venían a veces. ¿Cómo le parece que era él?

—Ya le digo que le traté poco. Parecía buena persona, aunque algo huraño, poco comunicativo.

—Trate de recordar. ¿Coincidió con LaMotta alguna vez, se hablaban ellos dos?

—Deje que piense... Sí, tuvo que coincidir con él. Joey venía siempre. Por Cyd, ya comprende... Eh, aguarde... Sí, sí. Se hablaban. Es más parecían amigos.

—Eran amigos —suspiró Mark—. ¿Notó usted esa amistad en su modo de hablar?

—No me fijé. Fue Cyd quien lo mencionó alguna vez. Skoda le pedía a veces a Joey que no hablase demasiado, que fuese prudente... Cosas así, ¿entiende?

—Sí, Fullmer. ¿Y Renzo Allasio?

—¿Renzo? —Fullmer pareció sorprendido. Adoptó su postura favorita, inclinando la cabeza a un lado—. Oh, Allasio, la otra víctima del Sindicato... Pobre muchacho... ¿Sabe que su esposa viene por aquí cada día?

—¿De veras? —fingió Mark sorprenderse—. ¿Por qué?

—No lo sé. Busca algo. Se hizo buena amiga de mi sobrina. Cyd dice que es una mujer muy inteligente y observadora. Trabaja en la D. T. A.

Seguro que quiere descubrir algo, relacionado con el fin de su marido.

—Eso sería muy arriesgado para una mujer.

—Mucho. Cyd se lo hizo notar. Ella afirmó que eso estaba olvidado. Después de todo, no admite la teoría de un crimen. Dice que fue accidental. Bendita inocencia... o extremada astucia la de esa joven viuda...

Mark estudió a su ciego interlocutor. También Fullmer era muy astuto. Trató de tantear otro terreno, con su mejor capacidad de actor:

—Alguien me ha dicho que un tipo indeseable anda por aquí. Uno al que yo encarcelé y el Sindicato ha soltado. Un estibador camorrista, llamado McGill...

—Sí, siempre anda por aquí. —Fullmer puso gesto de disgusto—. Es un típico ejemplo de la clase de gentuza que contratan ellos. Rudo, violento, fanfarrón y presuntuoso... Primero le creí honrado, cuando peleó con Parker y Marvin, pero es de su misma calaña. No me fío de él ni quiero que Cyd, mi sobrina, lo haga, pese a que ese tipo parece atractivo para las chicas y anda mosconeando en torno a Cyd. El otro día les sorprendí en el sótano.

—¿El sótano? —Mark se hizo él desorientado, aunque

interiormente esa noticia le sobresaltó e inquietó.

—Hay abajo un sótano que acostumbro a alquilar para reuniones y cosas así —explicó el ciego—. No sé cómo lo hizo, pero ese McGill engatusó a mi sobrina. Cyd le llevó abajo, y... cuando llegué oí murmullos, rumor de besos y cosas así. Le eché de aquí destempladamente. Creen que porque uno es ciego, también ha de ser estúpido, sordo y dejarse manejar por todos.

—¿Ha vuelto por aquí?

—No, ya no. Ni creo que lo haga. Le dije cuatro verdades. Cyd lloraba, asustada, pero parece haber recapacitado. Me pidió perdón. No volverá a dejarse manejar por él. Sabe Dios lo que hubiera ocurrido, de no oír yo sus voces abajo, en el sótano solitario y oscuro... Las muchachas jóvenes son a veces demasiado débiles a la tentación. Y Cyd solamente me tiene a mí, Lambert.

Mark afirmó con tono convencido. Siguió charlando con Fullmer, dominando su excitación con gran aplomo. Estaba pensando en McGill. De modo que el hábil zorro lo había logrado. Con el pretexto de una cita amorosa poco honesta, en un sótano, con la complaciente Cyd, había estado en el sótano. Se preguntó si estaría ya allí el magnetófono para grabar las asambleas de los supuestos Amigos del Disco...

Cuando Mark salía, Cyd le dirigió una sonrisa coqueta y una mirada encendida. Evidentemente, Fullmer tendría en el futuro muchos problemas con su atractiva sobrina, que parecía ya totalmente curada de su dolor por la pérdida de Joey, y capaz de olvidarlo con el primer hombre que le dirigiera unas frases lo bastante convincentes.

Salía ya del bar, cuando se hizo a un lado. Luciana Allasio entraba en el local. La dejó paso.

—Gracias, señor —dijo ella fríamente, sin aparentar reconocerle en absoluto. Y un imperceptible temblor de sus párpados, fue el mensaje secreto dirigido a Mark, para que éste supiera que todo continuaba igual, y que esperaba al día señalado para la reunión en el sótano.

Ella Ignoraba que, entre tanto, el FBI había logrado introducir en el recinto del sótano, un magnetófono especialmente dispuesto para grabar lo que allí se hablase, aun con música estridente, puesto que el aparato grabador que el FBI proporcionó a McGill, era, pese

a su tamaño diminuto, de los que utilizaban cinta magnética de tres pistas de grabación a diferente volumen. Bastaría luego reducir la pista grabada con la música reproducida, aumentando el volumen de las voces humanas, para tener con bastante fidelidad lo que allí se pudiera discutir.

Si la reunión de Amigos del Disco se celebraba puntualmente, faltaban once días para la misma. Once días de espera.

Con Mark Lambert, Luciana Allasio y Dave McGill trabajando por diversos caminos, hacia un único objetivo común y total: el jaque mate al Sindicato, a través de las pruebas obtenidas por Renzo Allasio, cuyo escondrijo era un auténtico enigma para todos...

Quizás, incluso, hasta para el propio Sindicato y su temible departamento del Crimen Organizado.

Dave McGill consultó su reloj. Sonrió, apagando el cigarrillo.

De un momento a otro, saldrían los hombres reunidos allá abajo, en el sótano del edificio de Dick Fullmer. Llevaban ya cosa de dos horas encerrados en el recinto. Oyendo música, según versión oficial de su reunión. Música en grandes discos *long-play* que llevaban consigo al entrar.

McGill sabía que todo habría ido bien, si nadie vio el magnetófono situado tras un sofá cercano a la mesa de reuniones. El aparato magnético se ponía en funcionamiento automáticamente, apenas actuase cerca de él otro aparato eléctrico, como el reproductor de discos, por una célula especial electro-sensible, obra del Departamento de Material del FBI.

Dotado de tres cintas en tres discos de grabación, funcionarían ordenadamente, de una en una, pudiendo grabar hasta ciento cincuenta minutos de sonido.

Luciana Allasio, advertida por Mark Lambert secretamente para que no corriese riesgos innecesarios, no había entrado para nada en el sótano, ni se había movido siquiera del local de Fullmer, donde Cyd charlaba con ella, mientras su tío ausentado a la trastienda, para preparar las cenas de día.

McGill, metido en el automóvil aparcado a dos manzanas del bar de Fullmer, esperaba pacientemente a que los reunidos abajo se ausentaran, para utilizar él la llave que, gracias a la reproducción hecha en el trozo de pasta especial, cuando Cyd se confió,

llevándole abajo para una escena de amor, poseía ahora. Llave que le serviría para entraren el sótano, recoger la grabadora y entregarla al FBI, para que en sus laboratorios electrónicos hicieran la selección de la banda de sonido de voces, pudiendo enterarse de lo que allí se hablaba.

Si era como imaginaba, la siguiente reunión de los Amigos del Disco sería suspendida por el FBI, y sus miembros detenidos sin excusa ni pretexto alguno. Esa redada podía ser el golpe teatral que derrumbase al Sindicato.

Dejó de pensar en todo eso. Comenzaban ya a salir de edificio. Volvían con sus discos envueltos, a sus automóviles a la espera. Fueron subiendo a todos ellos. Se inició la marcha paulatina de todos los supuestos discófilos.

Dave dejó transcurrir aún cosa de veinte minutos. La calma en la zona era total. La hora, muy avanzada. Luciana estaba cenando en el local de Fullmer. Cuando regresó el ciego, se puso a charlar con él y con su sobrina, entreteniéndoles.

Eran instrucciones de Mark. Dave entendió. Salió del automóvil. Se dirigió al edificio resueltamente. Aquél era el momento de retirar el magnetófono con supreciado contenido, si es que todo había ido bien, como parecía a juzgar por la normal salida de los discófilos, de regreso a sus hogares.

McGill se internó en el portal inmediato al bar de Fullmer. Se movía con cautela con la máxima prevención posible, pendiente de cualquier cosa que pudiera suceder. Así llegó a la puertecilla lateral, situada tras el arranque de las escaleras del edificio, en un oscuro rincón, al fondo. Introdujo la llave en la cerradura. La hizo girar. El sótano estaba abierto.

Descendió por una angosta escalera al húmedo fondo. Se ayudó con el delgado hilo de luz de una lámpara eléctrica diminuta, pero cuya claridad era suficiente para sus acciones en la oscuridad. De ese modo alcanzó el sótano. Se movió por él, siguiendo el mismo camino que siguiera al bajar con Cyd, en una fingida escena de seducción a la joven y enamoradiza sobrina de Fullmer.

Así llegó ante una puerta, situada al fondo mismo del sótano. Accionó el pestillo que la cerraba. Entró en la cámara donde se reunían los miembros del supuesto grupo de Amigos del Disco. Una vez dentro, cerró tras de sí y buscó el conmutador de la luz.

La estancia olía a humo de cigarrillos, a reciente presencia humana. Tocó el mueble estereofónico situado en un ángulo de la sala. Estaba caliente aún, tras funcionar de forma ininterrumpida. En la mesa central, numerosas puntas de cigarrillos en los ceniceros. Y doce vasos de agua, delante de otros doce asientos. Ni gota de licor ni nada más. Doce vasos, algunos de ellos vacíos, otros sin tocar y dos o tres intactos. Doce personas reunidas. La mente de McGill funcionaba rápidamente.

Había oído una vez, gracias a un confidente ya muerto, de reuniones de altos dirigentes de la Mafia. Acostumbraban a ser diez o doce. Nunca más de esa cifra.

Llegó al punto, tras el mueble lateral, donde se hallaba el magnetófono oculto. Su mano buscó. Dio con él. Rápidamente, lo tomó consigo. Lo miró. Habían funcionado las cintas.

Se encaminó a la puerta, satisfecho. Ya tenía la evidencia precisa para conocer la naturaleza de las reuniones en aquel lugar. Convenía marcharse cuanto antes de allí.

McGill alcanzó la salida. Apagó la luz de la sala subterránea. Cruzó la puerta, saliendo a la parte externa del sótano...

No dio más de dos pasos. Brutalmente algo contundente se desplomó sobre su nuca. Le abatió con violencia, de bruces. Rodó por el suelo, perdido el conocimiento. De sus manos, escapó el magnetófono, que sonó sordamente en el pavimento húmedo del sótano.

Dave McGill reposó inmóvil, a pies de la persona que le había sorprendido. En la mano enguantada, aparecía una sólida, potente porra de cuero, rellena de perdigones. Un solo golpe, era suficiente para abatir a un hombre, y dejarle inconsciente. Más golpes, causarían su muerte.

El agresor, sin embargo, no le golpeó más. Se inclinó. Tomó el magnetófono. Una risa suave y malévola brotó de sus labios, con insana complacencia, ante el cuerpo exánime de Dave McGill.

CAPÍTULO VIII

EL cadáver de Dave McGill fue hallado justamente dos días después de la fecha de la reunión en el sótano del bar de Dick Fullmer.

Había muerto de una forma bestial, a golpes de porra en el cráneo. Pero antes, según el médico forense, había sufrido varias inyecciones de pentotal sódico, conocido vulgarmente como el «suero de la verdad».

Era obvio que le habían interrogado gracias a ese suero, y después, conocedores de su verdadera identidad, se deshicieron de él sin vacilaciones.

Además de eso, habían tenido un rasgo desafiante, cruel y macabro: dejar el cadáver de McGill justamente frente al FBI. Dentro de un automóvil robado y abandonado, una furgoneta comercial de una Agencia de transportes. Cuando los federales revisaron el vehículo abandonado en el aparcamiento situado frente al edificio federal, hallaron el cuerpo de McGill, ya empezando a despedir un desagradable olor.

Rápidamente, se le trasladó a los departamentos de Sanidad de la Oficina Federal, y los médicos federales lo examinaron, avisando al forense y al Fiscal del Distrito para que conocieran el caso y se ocuparan de los trámites legales de jurisdicción metropolitana, relacionados con el asesinato. Mark Lambert y el inspector Lou Aherne, de la División de Delitos Federales, fueron los primeros en ser avisados de lo que ocurría, y ambos bajaron a la Morgue, en busca de la horrible verdad.

Mark supo entonces por qué en los dos últimos días, nada había sabido de su camarada. Y supo por qué había fracasado el plan del sótano. El magnetófono había desaparecido, Dave no pudo informar

de nada. Y Dave estaba muerto. Asesinado por el Sindicato.

McGill asesinado... Pero... pero ¿él no era un miembro del Sindicato?

—No, Cyd, no lo era. Era un agente federal. Desempeñaba una misión en los muelles. Eso lo supieron fácilmente, al capturarle y someterlo a interrogatorio con ayuda de un suero de la verdad. McGill debió confesar, sin él saberlo siquiera. Se deshicieron brutalmente de él y nos enviaron su cuerpo.

—Dios mío... —Cyd Fullmer ahogó un sollozo, apretándose contra el torso de su tío invidente—. Dios mío, es horrible...

—Lo es, sí. McGill buscaba algo que tiene por escenario su sótano. De modo que debió encontrar lo que buscaba. Por eso le mataron.

—¿Mi sótano? —se sorprendió Dick Fullmer—. ¿Qué significa eso, Lambert?

—La reunión quincenal: los Amigos del Disco. Es mentira.

—¿Cómo? —El asombro de Fullmer iba en aumento—. No le entiendo...

—Ponen discos, pero sólo para ahogar sus voces. Son una asamblea de la Mafia, posiblemente un grupo de altos jefes de los muelles, que coordinan su trabajo en esa reunión periódica.

—No puedo creerlo. Yo alquilé ese local a una sociedad privada de discófilos. Espere, Lambert. Incluso me dieron su tarjeta. Yo no puedo leerla, pero Cyd lo hizo. Aquí la tengo aún... —Rebuscó en su caja registradora del mostrador y extrajo una tarjeta de visita que tendió a Mark—. Es ésta, ¿no?

Mark asintió, leyendo en voz alta la tarjeta en cuestión:

—«Sociedad de Amigos del Disco. Intercambio musical y cultural. Discofilia Sesiones auditivas especiales. Todo sobre el Disco. Presidente: Hal Webber. Domicilio Social: Flatbush Avenue, 2186, Brooklyn, N. Y.» —suspiró guardando la tarjeta en su bolsillo—. Comprobaré esto, pero puede ser completamente falso. Una tarjeta la imprime cualquiera.

—Ellos pagaban puntualmente, nunca han obrado de forma sospechosa... ¿Cómo puedo yo imaginar que sean... delincuentes o algo así?

—Pues no hay duda de que lo son. Mataron a Dave McGill, a un camarada encargado de desenmascararles. Cyd, una pregunta:

¿Cuándo ha visto últimamente la señora Allasio, a Luciana?

—Pues... hoy no ha venido. Ni ayer tampoco —confesó Cyd, pensativa, alzando la cabeza—. Sí, eso es. Estuvo anteanoche. No ha vuelto. Seguramente se cansó de estar por aquí. Es la única mujer por regla general. Menos mal que yo la hago compañía y charlo con ella...

Mark no respondió. Estaba ligeramente pálido, sus ojos entornados, peligrosamente fríos y meditativos.

—Volveré más tarde —dijo—. Fullmer, lamento hacerlo, pero dejo a dos federales en el sótano. Vendrán más, y se precintará ese local. Sacaremos huellas y todo eso.

—Puede hacer lo que guste, Lambert. Y si esos discófilos vuelven...

—Esto que hace usted no tiene sentido, Lambert. Le va a costar caro. Nuestra Empresa le va a hundir. Presentaremos una reclamación por injurias, detención injustificada y...

—Y daños y perjuicios. Y golpes. Y todo lo que quiera, maldito puerco —rugió Mark. Y descargó un par de bofetones tremendos en el rostro de Happy Hammond, gerente de la Docks Trades Amalgamated, que sacudió la cabeza de éste violentamente—. ¿Dónde está Luciana Allasio? ¡Pronto, quiero una respuesta!

—Por fuerza tiene que haberse vuelto loco, Lambert —jadeó Hammond, lívido, asustado, retrocediendo ante el federal, que le había abofeteado sin contemplaciones—. Un agente del FBI, sin orden de detención arrestándome, cerrando el negocio, y maltratando a una persona honorable...

—¡Honorable usted! —repitió Mark, sarcástico—. No me haga reír, Hammond. Está metido hasta el cuello en esto. Es de la Mafia, pertenece al Sindicato, donde tiene un cargo importante, al servicio de Irving Carrados, que es un dirigente alto de la Mafia en los muelles y dirigen todas sus siniestras actividades en la sombra, ordenando ejecuciones, raptos y toda clase de infamias vergonzosas.

—Está haciendo acusaciones muy serias, Lambert —masculló Hammond, entornando sus ojos malignamente—. Si no puede probarlas, y pronto, tendrá que soltarme. Y tendrá que responder ante los Tribunales por sus palabras sin sentido, maldito demente.

Mark le clavó su arma en el vientre. Hammond oyó el chasquido del seguro al ser quitado, y vio junto a él la faz lívida, contraída, de

Mark Lambert. En sus ojos helados, leyó una implacable, feroz sentencia de muerte. Y sintió miedo. Lo sintió de forma tan evidente, que tembló como si sufriera espasmos, y su piel muerte. Y sintió miedo.

—¿Se mantiene en su decisión de... de arrestarme sin pruebas, Lambert?

—¡Sí! —rugió Mark, furioso. Las encontraré, Hammond. Sé que es endiabladamente culpable. Y que sabe dónde está ahora Luciana, viva o muerta, como sabe quiénes mataron a McGill y por qué. Le tendré encerrado hasta que yo reúna esas pruebas y le lleve a la silla eléctrica, lo juro.

—No podrá hacerlo —desafió Hammond—. Me sacarán nuestros abogados, le hundirán a usted, Lambert. Y con usted, a todo el FBI.

—Es posible que hagan eso. Pero jamás le sacarán, Hammond. Estoy dispuesto a todo, si esa mujer no aparece con vida. Le mataré, ya se lo dije. Entonces, podrán sacarle. Pero con los pies por delante. Y la Mafia sabrá que cada hombre de esta ciudad, de este país, puede hacer lo mismo. Que morir no significa nada y que perder la vida puede ser el mejor esfuerzo de cada uno, para que las gentes sean libres. Creo que la vida sin dignidad, sometidos a un hatajo de canallas, es mil veces peor que morir. ¡Vamos, llevadlo! Y no acepten fianzas ni reclamaciones legales. Le acuso formalmente de raptó y homicidio en las personas de Luciana Allasio y de Dave McGill, respectivamente. Esa acusación formal, Hammond, sabe usted que es gravísima. Implica negación de toda fianza.

—Pero está loco... —aulló Hammond, exasperado—. ¡No puede probar eso, no lo logrará nunca! ¡Un abogado exigirá el *habeas Corpus* o mi libertad!

—Conoce las triquiñuelas legales, ¿eh, Hammond? Lo que no sabe es que también yo las tengo. Exigiré el plazo legal para reunir las pruebas totales del caso y entregarle al Juez Federal. Eso implica diez días de prisión. Eh diez días, Hammond, si ella no aparece, si la viuda Allasio sigue sin dar señales de vida... usted morirá. Lo juro. Morirá a mis manos.

Se llevaron a Hammond pateando y chillando protestas, hacia un coche federal. Mark Lambert resopló, precintando oficinas y muebles de la

D. T. A.

Un compañero suyo le miraba, con aire preocupado.

—Mark, usted sabe que se está metiendo en un lío fenomenal...

—murmuró al fin—. No tenemos pruebas. Ha acusado a ese Hammond, le presenta un caso formal de rapto y asesinato. Le han golpeado, le amenaza de muerte... ¿Cree que eso va a gustarle a los jefes?

—Si obtengo esas pruebas, amigo mío, todo estará justificado.

—Pero... ¿y si no las obtiene? —dudó su camarada.

—Es el riesgo que corro —suspiró Mark—. Todo o nada. Caeré, pero caeré con otros: Seré capaz de todo, porque estoy harto de ver que somos ineptos para detener tanto crimen, tanta ejecución, tanta infamia. Pediré mi baja del FBI si fracaso. Y vendré aquí a morir matando, ¿entiende?

A morir para que, algún día, otros vivan con dignidad y libertad real, sin utopías democráticas que somos los primeros en destruir con nuestra pasividad.

—Irving Corrados apretó los puños furiosamente.

—Ese federal va a pagar muy caro lo que ha hecho —mascullo—. Nuestros abogados soltarán a Hammond en menos de diez horas. Y vamos a presentar una demanda por calumnias, difamación y malos tratos. Llamen a

Wilson & Wilson,

nuestra firma de representantes legales.

Paul Starrett, abogado de la D. T. A, sacudió la cabeza, pensativo. Su gesto era serio.

—He hablado con el inspector Aherne, del FBI, recientemente —explicó al magnate—. La cosa no será tan fácil, ni mucho menos.

—¿Qué tontería está diciendo, Starrett? —Se enfureció el multimillonario, moviendo su alta, enjuta figura envuelta en bata de seda, por el amplio gabinete de su vivienda suntuosa en la Quinta Avenida—. ¡Un *habeas corpus* exige la libertad inmediata de un preso, en tanto no existan pruebas o cuerpo del delito que indiquen sin lugar a dudas su culpabilidad!

—Naturalmente, señor —afirmó Starrett—. Pero hay medios legales de burlar eso. Son arriesgados, ciertamente. Pero Mark Lambert los ha adoptado. Mantiene firmemente una doble acusación por rapto y asesinato, en las personas de Luciana Allasio

y Dave McGill, respectivamente, así como la orden de asesinato en la persona de otro empleado de la

D. T. A.,

el yugoeslavo Marko Skoda. Ha dado esa acusación en firme, pasando el caso al Fiscal del Distrito y al Juez Federal correspondiente. Dispone, pues, de diez días como máximo, para reunir tales pruebas ante la Corte Federal o, en su defecto, pasar él mismo a ser acusado de falso testimonio, acusación injustificada y cuanto se quiera. Durante diez días, al menos, estaremos pendientes de lo que suceda, sin poder mover un dedo. Mark Lambert, como ciudadano y como funcionario de la policía federal, acepta toda la responsabilidad sobre sí.

—¡Pero eso es un suicidio! ¡Si no consigue lo que busca, se hunde definitivamente!

—Él lo sabe muy bien —suspiró Starret—. Juega fuerte. A todo o nada.

—No obtendrá nada. ¡Nada!

—Esperemos que así sea. En otro caso... es la silla para Hammond. Y el derrumbamiento de la

D. T. A.

—Hammond podría hablar, si se asusta demasiado al verse días y días encarcelado... —meditó Irving Carrados—. Utilicen el método más seguro: la comida con veneno. Eso resolverá todo y dejará al FBI sin recursos.

—Imposible. Está incomunicado. Total y absolutamente. Se denegó permiso para llevarle comida, cigarrillos u obsequios. Tampoco recibe visitas. Es prisión con incomunicación total durante diez días. Tienen derecho a hacerlo, dada la magnitud de la acusación. Lo están apurando todo al Imite, señor.

—Pero... pero tiene que haber un medio para..., eliminar a Hammond, para impedir que se asuste y hable...

—No lo hay —denegó Starrett—. El FBI lo controla totalmente. Ellos le proveen de cigarrillos y de alimentos, pasados por todas las medidas imaginables de seguridad, en una zona secreta del edificio federal, a la que es imposible llegar.

—Es un plan. ¡Un sucio plan de Lambert para desmoronar a Hammond y que confiese!

—Posiblemente lo sea —asintió Starret—. Pero oí decir que

piensa arrestarle a usted bajo esa misma acusación formal.

—¡A mí! —rugió el millonario—. ¡Imposible! Mi amistad con el alcalde, con el Gobernador, con los Senadores... Mi fortuna, mis recursos...

—Lambert no se preocupa de eso. Ha dicho que se juega la vida, y lo está haciendo. Creo que sólo si aparece viva Luciana Allasio, ceda en parte su virulencia.

—¿Cómo? —masculló Carrados, deteniéndose, con gesto perplejo—. ¿Por ella? ¿Es que... la ama Lambert?

—No ha dicho eso, pero parece ser cierto. Hay un sentimiento superior a su deber como policía, en todo esto. Aparte su ira por la muerte de su camarada McGill, algo le ocurre, relacionado con la viuda Allasio, eso es obvio. Si ella no aparece, se lo jugará todo a una sola carta desesperada. Un hombre así, puede ser muy peligroso, señor.

—Bien, Starrett. Habrá que complacerle en parte. Demostrar que ella vive, aunque siga prisionera. No podemos dejarla en libertad... a menos que revelemos parte de nuestro propio secreto en los muelles.

—Es evidente, señor —convino el abogado—. ¿Cómo probar que ella vive?

—Un mensaje escrito por ella y... No, no. Espera. Creo que hay algo mejor. Podemos sacrificar a nuestro jefe en los muelles.

—¿Cómo? —se sorprendió Starrett, pestañeando.

—Ya nos fue útil un tiempo. Merece toda mi confianza, pero posiblemente Lambert, si es inteligente acabe llegando al fondo del asunto. Yo me voy a ocupar personalmente de eso. Después de todo, solamente yo conozco la identidad de nuestro primer dirigente portuario. Él tiene prisionera a la chica, a la viuda Allasio. Iré allí con el pretexto de que debe escribir un documento para Mark Lambert. Haré el resto. Me ayudará Roy Newman. Le telefona usted ahora, Starrett, y le dice que le espero en determinado lugar, para después..., Siguió hablando el millonario, mientras Starrett asentía, dominado su sorpresa.

CAPÍTULO IX

—No escribiré —negó rotundamente Luciana Allasio—. No pienso hacerlo.

—Está obligada a ello —sonrió fríamente su captor—. Lambert debe saber de usted, para sentirse tranquilo. Hágalo, y no tendrá nada que temer.

—Miente. Ustedes nunca me soltarán ahora, después de cuánto he averiguado. ¿Creen que soy una estúpida acaso?

Su captor se mantuvo reflexivo, contrariado. Del fondo de la sala, emergió un hombre envuelto en el sobretodo oscuro, con gafas oscuras y pasamontañas, debajo de su sombrero flexible, hundido hasta los ojos. Una mano enguantada señaló a la joven prisionera.

—Tiene mi palabra —dijo—. La sacaremos de aquí. Pero antes debe escribir lo que le dije:

—No —sostuvo ella, rotunda.

—Está cometiendo un error, señora Allasio —habló el enmascarado con tono de ira—. He venido aquí a ser condescendiente con usted, a tratar de pactar. Su amigo Lambert está jugando fuerte, y nos meterá en conflictos, sobre todo si llegara a encontrar las pruebas que su esposo consiguió contra todos nosotros. Eso debe evitarse. No importa que algunos tengamos que escapar, como la persona que la tuvo que secuestrar, aquí presente. Huiremos, pero no sin antes conseguir algo positivo. Usted puede ser quien permita a Lambert dialogar con nosotros y llegar a un convenio. A cambio de su vida, eso es bien cierto. Pero entonces no seríamos culpables nosotros, sino la obstinación del propio Lambert la que le condenase a usted a perecer. ¿Qué nos dice?

—No —sostuvo ella—. Rotundamente, no. Es definitivo.

El visitante enmascarado miró preocupado al captor de Luciana.

Era evidente que parecía desorientado por la obstinación de la joven prisionera.

—Bien. Entonces, estudiaremos otro aspecto de la cuestión... —suspiro—. Venga conmigo. La vamos a trasladar a lugar más seguro que éste. Lambert podría hallarla aquí, si da una buena batida por los muelles. Y me consta que lo hará.

—No —negó su captor—. Ella no se mueve de aquí, señor. Bajo ningún pretexto.

—Escuche. Yo soy su superior, y he tomado una decisión —se irritó el enmascarado—. Usted sólo debe obedecer, recuerde.

—No siempre. Someteremos esto a la Asamblea de Dirigentes. Ellos juzgarán, señor. No puedo aceptar su juego.

—¿Qué juego? ¿Es que se ha vuelto loco para oponerse a un jefe del Sindicato?

—Conozco su identidad, y usted la mía. Creo que adivino lo que está planeando... —rió entre dientes el captor de Luciana—. Salvar su pellejo de la quema. Con Luciana libre, Lambert se sentirá tranquilo. Volverá a abrir la

D. T. A.,

y usted quedará a salvo de complicaciones. ¿Quién pagará? Yo, que puedo ser acusado, denunciado por ella, y que de hecho lo seré. Me culparán del asesinato de Joey LaMotta, porque entonces sabrán que lo hice yo. Y de la muerte de McGill... No, amigo mío. Si usted propone eso, espere a la Asamblea. Convoquemos una para discutirlo, y que decida el Consejo de la Mafia lo más conveniente para todos, no sólo para usted, mi cómodo amigo.

—Esto es una insubordinación. Será castigado.

—Aceptaré ese castigo. De ellos, no solamente de usted. Luciana Allasio se queda aquí por el momento. Y si peligra algo, será ejecutada sin demora. Es mi decisión. Y yo mando en los muelles, recuérdelo bien.

El enmascarado se enfureció. Dio media vuelta, dirigiéndose a la salida. Antes de llegar a ella, se volvió rápido y sin ruido. Empuñaba una poderosa automática Luger *Parabellum*, dotada de silenciador. Apuntó a su antagonista y se dispuso a apretar el gatillo.

Su adversario fue más rápido y seguro que él. Estaba sonriendo fríamente, fija su mirada en él. Su mano, en el bolsillo de la

chaqueta. De repente, restalló una detonación. Se agujereó la chaqueta, desgarrándose. La bala llegó a su destino.

Alcanzó en pleno rostro al enmascarado. Quebró sus vidrios oscuros, perforó su tapabocas, y cubrió todo de rojo. Cuando el visitante cayó en forma pesada al pavimento, Luciana ahogó un grito ronco, y su captor rió entre dientes.

—¿Sabe quién era, señora Allasio? —habló roncamente—. Nada menos que el magnate Irving Carrados. Un jefazo del Sindicato... Quería libertarla a usted para sacrificarme a mí, y poder pactar así con Lambert y el FBI..., Lo siento. Era traición. La Mafia lo entenderá así y me perdonará por esta ejecución. En cuanto a usted... debe morir. Lo siento, pero no hay otro remedio. Sabe ya demasiado...

Salíó de la estancia, riendo suavemente. Luciana se quedó a solas con el cadáver de Irving Carrados. Poco después, otro cuerpo era arrojado dentro, atravesado por dos balas a quemarropa. Era el cadáver de Roy Newman, capataz de la D. T. A.

Mark Lambert se detuvo. Uno de sus agentes afirmó, señalando ante sí.

—Es allí —dijo—. Aquel edificio viejo. Llegaron hace poco tiempo, espaciadamente los dos. Primero llegó Roy Newman, que aguardó fuera. No tardó en aparecer un hombre enmascarado. Parecía ser Carrados en persona.

—Sin duda era él —afirmó Mark—. La conversación telefónica interferida a Starrett el abogado, citaba a Newman en este lugar, para que aguardase a Carrados en persona. Ahí dentro está Luciana Allasio, no sé si viva o muerta ya, pero según Starrett, ella vive aún. El picapleitos de Carrados está ya detenido en la Oficina Federal, aunque se niega a confesar.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Entrar ahí. Precavidamente, claro. No quiero que liquiden a la chica, para silenciarla antes de que la podamos rescatar viva...

—Eh, espere... ¿No ve aquello? Alguien se acerca a la edificación... —avisó el agente federal, mostrando, a la luz incierta de la noche, en aquel sector industrial de Brooklyn la silueta sigilosa que, pegada al muro, se aproximaba a la entrada a la vieja

finca mencionada por Starrett en la conversación telefónica que el FBI, al tener interferido su teléfono y el de la vivienda del capataz Roy Newman, había captado limpiamente—. ¿Lo detenemos, Mark?

—No. No hagan nada. Dejen que entre. Yo iré detrás. —Mark extrajo su automática—. Creo que se acerca el desenlace de todo esto...

Avanzó lentamente. Cuando hubo entrado la silueta sigilosa del callejón, lo hizo él, con idéntica cautela.

La puerta de la cámara herméticamente cerrada, de desnudas paredes sin ventanas ni más abertura que la entrada, se movió lentamente. Luciana Allasio alzó su mirada angustiada hacia allí. Casi no dio crédito a sus ojos.

—¡Usted! —musitó roncamente—. Cielos, no me diga que también está... metida en este horror...

La persona recién llegada puso un dedo en sus labios, indicando silencio. Cerró tras de sí con suavidad. Miró a los cuerpos sin vida de Carrados y Newman, y se estremeció, muy pálido su rostro. Se aproximó a Luciana, que la veía venir, inquieta y sorprendida.

—No eleve, mucho la voz —murmuró su visitante—. No debe hacerlo. He venido a sacarla de aquí, señora...

—¿Usted hará eso...? —se asombró la viuda—. Pero ¿acaso no sabe...?

—Lo sé todo. Ahora es cuando lo sé. He leído los documentos, las evidencias...

—¿Las... qué? —preguntó asombrada Luciana.

—Los documentos. Todo cuanto me entregó su marido aquel día.

—Lo que le entregó Renzo... Pero... pero ¿es usted, Cyd Fullmer, quien...?

—¿Quien tiene las pruebas? —sonrió ella—. Claro. Yo soy. Me pidió discreción absoluta, me hizo jurar que a nadie se lo revelaría. Yo ignoraba lo que era, pero cumplí mi palabra. Al hojearlo hoy, al abrir la carpeta que guardo secretamente... entendí por fin. Es horrible todo, señora Allasio. Y usted no debe morir por eso. Se tiene que saber la verdad.

—¿Aun sabiendo usted cuál es esa verdad, Cyd?

—Aun así —afirmó ella, sombría. Se acercó más, examinando sus ligaduras—. Cortaremos eso en un momento. Luego, podrá irse. Tengo la carpeta con las pruebas en el bar. Siempre estuvo allí,

entre los viejos libros y papeles de mi tío. Él es ciego y no puede distinguir unos documentos o libros de otros. Lo tuvo siempre entre sus manos, sin saberlo... Es gracioso, ¿no, señora Allasio?

—Muy gracioso, sobrina —sonó la voz ronca de Dick Fullmer, a sus espaldas—. Muy gracioso...

Cyd emitió un leve grito de terror, girando la cabeza. Miró, demudada, al ciego. Su tío Dick Fullmer cubría la salida. Esgrimía un arma de fuego. En su mano izquierda.

—Tío Dick... —gimió Cyd—. ¿Qué... qué haces tú aquí?

—No preguntes, sobrina. De sobra lo sabes. Si has leído esos documentos que, estúpidamente, tuve siempre ante mí sin sospecharlo siquiera... sabes quién soy realmente.

—Claro que lo sé..., Y también lo sabía Renzo Allasio... Eres... eres EL JEFE DE LA MAFIA EN LOS MUELLES, tío Dick. El hombre de confianza de Carrados, su brazo derecho...

—Y sin embargo, él mató a Carrados —jadeó Luciana, lívida—. ¿Cómo pudo hacerlo, si no ve?

—Es sencillo: mis otros sentidos —rió Dick Fullmer—. Mi oído, mi percepción, mi sentido de orientación... Sabía que intentaría matarme. Estaba seguro de eso. Lo esperé, y me anticipé a él. Eso fue todo. También tuve que liquidar a Newman. Entre ambos pensaban sacrificarme para pactar con Lambert, devolviéndole a Luciana Allasio. Mal asunto engañarme a mí. No tengo ojos, pero mi cerebro tiene mucho más de dos ojos. Acaso mil...

—Es un criminal sin piedad —acusó Luciana—. Mató a LaMotta, ahora lo veo...

—Sí, yo le maté. Di una serie de datos contra Skoda, que era un tipo medroso que no hablaría nunca. Pero alguien añadió lo de la mano zurda, un medicucho forense, y lo estropeó todo. Skoda no era zurdo. Yo, sí. Skoda me vio matar a LaMotta, pero me temía. No iba a hablar. Yo le convertí en culpable, y me hice testigo —rió el ciego, invertí los papeles, sobrinita querida.

—Tío... Tú... tú mataste al pobre Joey... —gimió ella.

—Exacto. Siempre tuve que hacer igual con los intrusos. Como hice matar a Renzo Allasio... Y a Skoda, en cuanto supe que Mark Lambert le iba a interrogar a fondo... También a McGill ¡McGill, el federal! Tardé poco en identificar su voz. Recordé a un federal, amigo de Lambert. Era su voz. Lo demás resultaba fácil. La última

asamblea de la Mafia en mi sótano fue pura farsa. Esperé luego, en la sombra. Cuando McGill acudió a por su magnetófono lo abatí. Fue interrogado con pentothal. Habló, mencionó el papel de la señora Allasio. Y después de ejecutarle a él a golpes, capturamos a Luciana Allasio... Cyd, sobrina querida, has hecho mal en querer traicionarme. Al saber la verdad, debiste ponerte de mi lado.

—Tío, me causas horror, repugnancia... Tú, asesino de Joey, de McGill, de Renzo...

—No perdonas que liquidara a tus amiguitos y enamorados, ¿eh? —rió entre dientes Dick Fullmer—. Sí señora Allasio, no se escandalice. Su marido era guapo y le gustaba a Cyd. A ella le gustan todos los hombres atractivos. Por eso guardó los documentos y el secreto. Él se lo pidió. Imagino que fue complaciente con mi sobrina Cyd...

—No acuse a nadie —replicó Luciana, virulenta—. Usted es mil veces peor. Yo, incluso la disculpo que tuviera algo con Renzo. Y también a él... Era por hundir a la Mafia, al Sindicato. Cyd le ayudaba, ella fue depositaria de las pruebas... Las que hubieran servido para ejecutarle, monstruo de maldad y de perversión...

—Muy amable, señora Allasio —rió entre dientes el ciego—. Otros son tan perversos como yo. ¿Quién cree que me dejó ciego? Un esbirro de los Sindicatos legales... El tal Brady Nichols, que dijimos siempre que era de la Mafia... No es cierto. Era legalista. Y me quiso matar. El Sindicato le mató a él, y la Trade Export me ayudó y me dio mi negocio a crédito. La Trade Export es una subsidiaria de la

D. T. A.,

del Sindicato. Terminaron haciéndome jefe, al ver mi capacidad, pese a mi falta de vista... Voy a probar que soy digno de esa confianza...

Alzó su mano armada. Apunto a las dos mujeres. Iba a ejecutar no sólo a Luciana, sino también a su propia sobrina...

Final

EL el primero en notar que no estaba sólo fue Dick Fullmer, el supuesto testigo ciego de un crimen en el que el testigo fue otro y él su ejecutor insospechado, giró la cabeza con sobresalto. Aguzó el oído:

—Eh... ¿Quién está ahí? —jadeó—. ¿Eres tú, Marvin? ¿Parker acaso?

La persona silenciosa, erguida en la puerta con una metralleta en sus manos, negó lentamente:

—No, Fullmer... Soy yo. Mark Lambert... Lo he oído todo. Y no estoy solo. Esta vez, no. Me rodean hasta veinte federales y más de cien agentes de la Metropolitana rodean la casa y la zona. ¿Me entiende bien, Fullmer?

El ciego vaciló. Parecía que iba a disparar. Pero lentamente, bajó la mano armada. Hizo un movimiento de cabeza.

—Sí —dijo—. Le entiendo...

Un largo silencio. Mark entró. Cyd sollozaba, apoyada en Luciana. El federal miró a la prisionera. Luciana le sonrió, animosa, desde su pálido rostro.

—Estoy bien, Mark —dijo ella—. Gracias por todo...

—Un poco más, y nadie la hubiera salvado a usted ni a Cyd.

—Ella... ella tiene las pruebas, Mark. Todas —avisó Luciana—. Podrá destrozar al Sindicato, seguro...

—Seguro, Luciana —afirmó Mark, enternecido. Cortó sus ligaduras. Un grupo de federales cubría la puerta ya—. Vamos, salga de ahí. La pesadilla ha terminado...

—Le felicito, Lambert. Usted triunfó —dijo lentamente Fullmer—. Tal vez, a pesar de todo, hubiera necesitado tener luz en mis ojos... para ser el triunfador final.

—No podía ser. El Sindicato acabará hundiéndose por sí mismo, Fullmer. Y con él, todos ustedes.

—Ya no veré ya eso, Mark —rió entre dientes el ciego.

—No, no lo verá. Ni siquiera en sentido figurado, Fullmer. El verdugo espera...

—Creo que también burlaré al verdugo —dijo inesperadamente el ciego.

Tenía su mano junto al vientre. No había soltado el arma. Disparó dos veces seguidas. Fueron dos disparos secos, a quemarropa. Con la mano girada contra sí.

No pudo evitarlo nadie. Cuando acudieron los federales, se desmoronaba lentamente, con el abdomen bañado en sangre. Sonrió forzado, entre trémulo y agonizante.

—Después de todo... es un modo de sentirse triunfante, Lambert... —jadeó, con un espasmo. Adiós, Cyd... No me guardes... rencor. Y usted, señora Allasio... sea feliz algún día... con ese maldito obstinado imbécil de, de Mark Lambert...

Cayó de bruces en el pavimento. Se quedó inmóvil.

Mark ya había cortado las ligaduras de Luciana. Ella, instintivamente, se refugió en sus brazos. Cyd Fullmer, sollozaba ahogadamente.

Los federales, rodearon lentamente le cuerpo sin vida de uno de los dirigentes del Sindicato en los muelles de Brooklyn.

FIN

JEAN.



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas

NOTAS

[1] Soccer: Fútbol europeo, el balompié de origen británico que se juega en casi todo el mundo. El «fútbol americano» es sólo una variante espectacular del *rugby*, que, con el béisbol, comparte la primacía popular del deporte americano. (N. del E.). < <